MEMORIAS EDIFICANTES

SOBRE LA VIDA RELIGIOSA DEL
SIERVO DE DIOS

EL PADRE

CARLOS ODESCALCHI,

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS.

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NÚM. 13.

MARZO DE 1846.

INDICE.

INTRODUCCION.

Actas del consistorio secreto celebradas por la santidad del Sr. Gregorio XVI, el dia 30 de Noviembre de 1838. . . . . . III.

CAP. I.

Entrada del Cardenal Cárlos Odescalchi, para servir á Dios en la Compañia de Jesus. 1

CAP. II.

Vida ejemplar que llevó el P. Odescalchi, durante su noviciado. 7

CAP. III.

Su profesion. 16

CAP. IV.

Se le emplea en dirigir los ejercicios espirituales de la casa y de fuera, con grande éxito y aprovechamiento de las almas. 24

CAP. V.

Lo hacen director espiritual de los estudiantes de retórica. 34

CAP. VI.

Principios de la enfermedad que le causó la muerte.—Pasa de Verona á Módena.—Progresos de la enfermedad. 37

CAP. VII.

Recibe los Santos Sacramentos.—Muere santamente.—Sus funerales. 47

CAP. VIII.

Grande estimacion que todos hacian del P. Odescalchi. 58

CAP. IX.

Su humildad y desprecio de sí mismo. 65

CAP. X.

Su penitencia. 73

CAP. XI.

Su perfecta observancia de los tres votos. 77

CAP. XII.

De su amor á Dios. 88

CAP. XIII.

Afecto y devocion á la Santísima Vírgen. 95

INTRODUCCION.

No se ha acabado el tiempo de las virtudes heróicas; y aunque con menos frecuencia que en otras épocas, todavía presenta á los cristianos la divina Providencia sucesos semejantes á los que admiramos en las vidas de los mas famosos santos de la Iglesia, para que se vea que vive en la santa Iglesia católica el espíritu de los Apóstoles y de los primeros fieles. Creemos hacer un obsequio agradable al piadoso pueblo mexicano dándole una prueba de esta verdad en las siguientes

ACTAS
DEL
CONSISTORIO SECRETO

CELEBRADO POR LA SANTIDAD DEL SR. GREGORIO XVI EL DIA 30 DE NOVIEMBRE DE 1848.

ALOCUCION DE NUESTRO SANTISIMO PADRE GREGORIO XVI.

"VENERABLES HERMANOS.—Os hemos reunido hoy en consistorio con el fin de anunciaros una cosa, que si no del todo, es en parte ciertamente nueva é inesperada, al

mismo tiempo que desagradable á la sensibilidad humana, pero muy singular por ser ella un ejemplo de acendrada virtud. Lo que muchas veces y con las mas vehementes y enérgicas súplicas, y alegando razones demasiado poderosas, nos habia pedido nuestro venerable hermano Cárlos Odescalchi, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Obispo de Sabina y nuestro Vicario general, conviene á saber, que le concediésemos permiso para llevar á efecto la determinacion que habia tomado de renunciar el Cardenalato y todos los cargos y dignidades eclesiásticas que obtiene, á fin de que reducido á la condicion de simple particular, pueda consagrarse al instituto de la Compañía de Jesus; lo vemos confirmado por su carta de 21 de Noviembre de tal manera, que nos parece no poder ya diferir por mas tiempo el acceder á su peticion. Muy á pesar nuestro á la verdad, nos hemos determinado á hacerlo, como él mismo puede ser testigo, y creemos tambien que de ello esteis persuadidos vosotros todos, Venerables Hermanos, porque conoceis la benevolencia que le profesamos y lo mucho que apreciamos su talento, el candor de su alma, la suavidad de sus costumbres, su celo por la salvacion de las almas, la austeridad para consigo mismo, su condescendencia para con los pobres, el tenor, en suma, de toda su irreprensible vida, prendas todas que lo hacen completamente digno de hallarse colocado en un grado eminente de dignidad eclesiástica; de manera que no os debe causar admiracion que se le tenga por insigne ornamento de vuestro órden. Sin embargo, mirando que el asunto ha llegado al estremo de parecer justos los motivos que alega para tomar esta determinacion, como lo comprendereis por la lectura de su car-

ta, hemos resuelto concederle la facultad de llevar á efecto sus deseos."

"Mas como por otra parte sea costumbre que uno de los individuos del Colegio de abogados consistoriales haga humilde ocurso en Consistorio para esta clase de renuncias, y que despues se lea la carta del Cardenal renunciante, y el poder que este le haya conferido para ello, llamando testigos que solemnicen el acto; mandamos, si fuere de vuestro agrado, que así se haga."

Entonces entró en la sala del Consistorio Monseñor, Ignacio Cadolini, Arzobispo de Edessa, Secretario de Propaganda y apoderado del Sr. Cardenal Odescalchi. Despues de él entraron Monseñor Gerónimo Bontadosi, como Abogado Consistorial para promover la instancia de dicha renuncia; Monseñores Juan Soglia, Patriarca de Constantinopla, Secretario de la sagrada Congregacion de Obispos y Regulares; y Antonio Piatti, Patriarca de Antioquia y Vicegerente de Roma, ambos como Obispos asistentes al Solio; Monseñores Pablo Mongelli y Domizio Meli Lupi Soragna, Protonotarios Apóstolicos mas antiguos: Monseñores Lorenzo Lucide y Julian Balbini, refrendatarios de una y otra signatura; Monseñores Francisco Máximo, Mayordomo, y Alejandro María Palavicini, Camarero mayor, con otros dos Camareros secretos, que lo fueron Monseñores Silvestre Belli, Secretario del Sacro Colegio, y Gasparini, Secretario de Breves á los Príncipes, y los Monseñores Maestros de Ceremonias.

Con asistencia de todos los referidos, Monseñor Bontadosi, como Abogado Consistorial, arrodillado frente á la Silla Pontificia, habló á Su Satidad en estos términos:

"BEATISIMO PADRE.

"Monseñor Ignacio Cadolini, Arzobispo de Edessa, Apoderado especial del Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Cárlos Odescalchi, Obispo de Sabina, con el objeto de renunciar el Cardenalato y Obispado, tiene carta del mismo Sr. Cardenal que presentar á Vuestra Santidad, y pide humildemente se reciba y se escuche el negocio sobre que se le ha conferido poder."

Inmediatamente el mismo Abogado Consistorial entregó á Monseñor de Ligne, Maestro de Ceromonias y Secretario de la Sagrada Congregacion de ellas, la carta para Su Santidad relativa al asunto, la cual por órden de Su Santidad se entregó inmediatamente á Monseñor Gasparini, Secretario de Breves á los príncipes, quien estando entre la banca de los Cardenales y la Silla Pontificia, vuelto á aquellos la leyó en alta voz, y era del tenor siguiente:

"BEATISIMO PADRE.

"Hace mucho tiempo que experimento un fuerte impulso de abandonar el estado eminente en la gerarquía eclesiástica, en el que sin mérito alguno mio me hallo colocado, para abrazar el instituto de la Compañía de Jesus.

"Para no errar en negocio de tanta gravedad, no he dejado de recurrir humildemente á Dios, y de esplorar tambien el parecer de doctos, prudentes y acreditados maestros de espíritu, con el fin de conocer si tal impulso es ó no voluntad del Señor. Y mirando que despues de un largo y maduro exámen he debido convencerme has-

ta la evidencia de la verdad del divino llamamiento, he resuelto someterme á él. Dilatarlo por mas tiempo no produciria mas que crueles angustias en mi espíritu, que no me dejarian un momento de paz, como mas de una vez con filial confianza y de viva voz lo he manifestado ingenuamente á Vuestra Santidad.

"Postrado, por tanto, ante el trono de Vuestra Beatitud con la mayor tranquilidad de espíritu, y con toda la efusion de mi alma, le suplico humildemente se digne permitir que ponga en sus sagradas manos la sublime dignidad Cardenalicia con que el Sr. Pio VII, de tierna memoria, quiso honrarme en el Consistorio de 10 de Marzo de 1823; sirviéndose tambien consentir que renuncie el Obispado de Sabina, que Vuestra Santidad me confirió, dándome por libre de todos aquellos vínculos y obligaciones que contraje con ocasion de haber obtenido tales dignidadades, é igualmente la dimision que hago del gran Priorato de Malta con que me hallo investido por bulas apostólicas, declarando, como formalmente declaro para mayor seguridad, en virtud del presente acto, que la renuncia del Cardenalato deberá permanecer siempre firme y válida, aun cuando por alguna causa que ahora no puedo prever, acaeciere no poder permanecer en la Compañía de Jesus, pues en tal caso, ó en el de no serme ya posible ser religioso, es mi decidida voluntad quedar reducido á la condicion de simple particular.

"Para obtener, pues, de Vuestra Santidad, en la forma debida, la aceptacion de las insinuadas renuncias, entrego esta carta con el poder correspondiente á Monseñor Ignacio Cadolini, Secretario de la Sagrada Congregacion

de Propaganda, quien obrará á mi nombre en este negocio y suplirá mis veces en el modo y bajo las leyes que Vuestra Santidad le quiera prescribir.

"Concediéndome Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, la gracia que imploro, tranquilizará mi espíritu y pondrá el colmo á los muchos beneficios que con tan pródiga mano ha derramado en mi persona. En mí ciertamente será indeleble el respetuoso reconocimiento que profeso á Vuestra Santidad, y en mi retiro dirigiré diariamente fervientes votos al Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, por la larga conservacion de Vuestra Santidad, y por la exaltacion de la Santa Silla Apostólica Romana, á cuya defensa estaré siempre pronto á consagrar, no solo mis débiles trabajos, sino tambien mi sangre y mi misma vida.

"Beso á Vuestra Santidad sus santísimos piés, y le pido su apostólica bendicion.—Roma 21 de Noviembre de 1838.—De Vuestra Santidad: Muy humilde, muy afecto y muy obligado servidor.—*Carlos Cardenal Odescalchi.*"

Concluida la lectura de la carta, el referido Secretario del Sacro Colegio, leyó igualmente en alta voz el poder del Cardenal renunciante que le entregó el expresado Maestro de Ceremonias, concebida en estos términos.

"Yo, Carlos Odescalchi, por la divina misericordia Obispo de Sabina, porel presente poder escrito de mi puño, nombro en la forma que haya lugar en derecho por mi legítimo Procurador, Actor, Agente y Nuncio especial, á Monseñor Ignacio Cadolini, Arzobispo de Edessa, Secretario de la Sagrada Congregacion de Propaganda, para que en mi nombre y representando espresamente mi per-

sona pueda comparecer y comparezca ante Su Santidad, renuncie y entregue en sus manos el Capelo Cardenalicio con que en otro tiempo me condecoró la Santa Sede, el Obispado de Sabina que obtengo, y el gran Priorato del Orden de Malta. Y en virtud de este poder me obligo á tener por rato y firme todo lo que por dicho mi apoderado fuere hecho, eximiéndole y librándole de todo gravámen y obligacion cualquiera que sea, con todas las cláusulas acostumbradas y establecidas por la ley. Todo lo cual escribo de mi puño. Hoy dia 21 de Noviembre de 1838.—En mi casa.—*Carlos Cardenal Odescalchi, Obispo de Sabina.*"

Leido el poder, continuó el Abogado Con sistorial su oracion suplicatoria en el modo siguiente:

"Beatísimo Padre.—El Cardenal Cárlos Odescalchi, postrado ante la Magestad del Solio Pontificio, depone, en union del Gobierno de la Iglesia de Sabina, que le está cometido, el ornamento de la Púrpura Romana que ha llevado por muchos años con sumo decoro. Para tomar tal determinacion, no ha tenido seguramente otro motivo que el de retirarse, con singular y acaso inaudito ejemplo de humildad, despues de abdicar la excelsa dignidad y tantos amplísimos honores y encargos que ha tenido, á los venerables claustros de la Compañía de Jesus, para entregarse allí del todo á procurar únicamente la salud de las almas. Al efecto, ruega humildemente á Vuestra Santidad, se digne acoger con su acostumbrada benignidad estos humildísimos votos, prometiendo por su parte que en el resto de su vida no se olvidará jamas de los beneficios que ha recibido, y que siempre conservará suma veneracion á la Cátedra de Roma. A este mismo efecto y

en nombre de su comitente, Monseñor Ignacio Cadolini Arzobispo de Edessa, aquí presente, ruega y conjura á Vuestra Santidad, pidiéndole ardientemente que la espresada dimision del Cardenalato y de la Silla Episcopal, aceptándose con clemencia se tenga por legal, firme y válida, y que el Cardenal Cárlos, por la plenitud de la potestad apostólica quede absuelto de la obligacion de cualquier juramento á que esté obligado, ya por la dignidad Cardenalicia, ya por el Obispado de Sabina, como tambien de cualquiera falta en que haya acaso incurrido por la fragilidad humana."

Terminada la oracion del Abogado Consistorial, Monseñor de Ligne, Maestro y Secretario de la Sagrada Congregacion de Ceremonias, interpeló á los presentes Protonotarios para que otorgasen instrumento público sobre la instancia y admision de la espresada renuncia, hablando en estos términos.

"Se interpelará á los Protonotarios que están presentes, sobre la instancia hecha por Monseñor Ignacio Cadolini, Arzobispo de Edessa, apoderado del Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Cárlos Odescalchi, en virtud del especial poder que acaba de leerse por Monseñor Silvestre Belli, Secretario del Sacro Colegio, sobre la admision de la cesion y renuncia, tanto de la dignidad cardenalicia, como del Obispado de Sabina, y del gran Priorato del Orden de Malta en Roma, é igualmente de todos y cualesquiera derechos á ello concernientes y relativos, á fin de que cuantas veces sea necesario puedan y deban otorgar uno ó mas instrumentos."

Entónces Monseñor Mangeli, Protonotario Apóstolico mas antiguo, respondió: Lo otorgaremos.—Y volviéndo-

se entonces á Monseñores refrendatarios y á todos los otros allí presentes, los tomó por testigos de aquellos actos, con estas palabras: Siendo vosotros testigos.

Hecha y admitida de este modo la instancia, salieron del Consistorio todos los que habian entrado, como se dijo arriba, de manera que quedó el Santo Padre solo con los cardenales, á quienes habló en estos términos.

"VENERABLES HERMANOS.—Considerando justa la causa para conceder la pretendida dimision, juzgamos que no hay razon para negarla. Pero antes de determinar cosa alguna, os pedimos, como es costumbre, vuestra opinion, segun la fórmula acostumbrada.

"¿*Qué os parece*?"

Entónces todos los Cardenales, observando la perogativa de órden y lugar, votaron segun se acostumbra, y siendo de unánime opinion que se debia admitir la dimision del Cardenalato y del Obispado de Sabina, legalmente hecha por el espresado Señor Cardenal Odescalchi, el Santo Padre admitió y aprobó la referida dimision por un solemne decreto apostólico, concebido en estos términos:

"Con la autoridad de Dios Omnipotente, la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, admitimos la cesion y dimision del Cardenalato hecha en nuestras manos, con todos los privileglos y distintivos de cualquier modo correspondientes á la dignidad cardenalicia. De manera que nuestro venerable hermano Cárlos Odescalchi, de aquí en adelante no sea en ningun modo Cardenal, ni tal se le pueda llamar, ni tener voz activa ó pasiva en ninguno de los actos concernientes á los Cardenales, principalmente en la eleccion del Sumo Pontífice, ni tam-

poco ingerirse en ellos como Cardenal. A este efecto le absolvemos del vínculo de cualquier juramento que haya hecho con ocasion del Cardenalato, é igualmente le absolvemos de cualquiera transgresion que haya acaso cometido sobre la observancia de los juramentos que ha prestado, como tambien del vínculo contraido con la Iglesia de Sabina, que le estaba cometida, y que ha renunciado al mismo tiempo espontánea y libremente en nuestras manos. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen."

En seguida creó y reservó in pectore, un Cardenal del Orden de Presbíteros de la Santa Iglesia Romana, en esta forma:

"Siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores Clemente XI, Benedicto XIV, Pio VI, y Pio VII, queremos sin ninguna dilacion llenar el puesto que en virtud de la renuncia que se acaba de admitir al Venerable Hermano Cárlos de los Príncipes de Odescalchi, ha quedado vacante en vuestro Colegio, y por tanto, para mayor gloria de Dios Omnipotente, y para ornato y decoro de la Santa Iglesia Romana, hacemos intencion de crear por Cardenal del Orden de Presbíteros un gran personage, cuyo nombre por justos motivos reservamos in pectore, para publicarlo á nuestro arbitrio en tiempo oportuno.

"*¿Qué os parece?*"

"Con la autoridad de Dios Omnipotente, la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra, creamos un Cardenal del Orden de Presbíteros de la Santa Iglesia Romana, que á nuestro arbitrio publicaremos en tiempo, con las derogaciones y cláusulas necesarias y oportunas.—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen."

Terminado todo esto se abrió la puerta de la Sala Consistorial, y salió Su Santidad para volver á su habitacion. Al atravesar la pieza inmediata á dicha Sala, dijo á Monseñor Cadolini, que allí estaba arodillado: *Hemos admitido la renuncia del Cardenalato.* Entonces Monseñor Cadolini, despues de haber dado gracias al Santo Padre con una grave y elegante oracion, le presentó en un azafate de plata el sombrero Cardenalicio, que fué recibido por uno de los Maestros de Ceremonias, y postrado reverentemente besó el pié á Su Santidad y recibió su bendicion.

RESPUESTA DE NUESTRO SANTISIMO PADRE EL SR. GREGORIO XVI, EN FORMA DE BREVE, A LA CARTA DEL EMINENTISIMO DIMITENTE, LEIDA EN LAS ACTAS CONSISTORIALES.

"Al Venerable hermano Obispo Cárlos de los Príncipes de Odescalchi.

"VENERABLE HERMANO

"*Salud y Apostólica bendicion.*

"Ninguno mejor que tú puede juzgar con qué sentimiento hemos leido tu carta de 21 de Noviembre. Porque sabes con cuanto disgusto te hemos escuchado tantas veces hacer fervorosamente la peticion misma que haces en tu carta, y cuanto hemos trabajado en exhortarte á considerar seriamente lo que debias hacer en negocio tan grande, tan grave y tan aflictivo para Nos y para los Venerables Hermanos Cardenales, cuando teniamos á la vista los excelentes dotes de tu alma y de tu entendimiento, la pericia en las letras y en las ciencias, la piedad, la inte-

gridad de costumbres, las virtudes todas de una persona colocada en un eminente puesto del Santuario, reunidas en tí por un don de la benignidad divina: de tal modo, que ni aun imaginar podiamos, sino con amargo sentimiento, llegar á ver privado al Senado Apostólico de un ornamento semejante. Sin embargo, escribes en tales términos, y nos instas con tales razones y súplicas, que no hemos podido menos que convencernos de que no debemos resistir por mas tiempo á tus deseos. Por tanto, examinado todo lo que expones, es decir, la muy atenta y larga reflexion que para esto has hecho, el parecer de los hombres piadosos y prudentes que has consultado, las grandes augustias que te atormentan por creer que resistes á la manifiesta voluntad de Dios; pero mas principalmente las constantes y fervorosas súplicas con que protestas haber implorado las luces y auxilios del Espíritu Santo, separado de todo motivo de humana afeccion, nos hemos finalmente resuelto, convocada en este dia la asamblea de nuestros Venerables Hermanos, á declarar que no nos parece que debamos desaprobar la resolucion que has tomado, y por tanto admitimos la cesion que espontáneamente has hecho, y te concedemos la facultad de renunciar el Cardenalato con que merecidamente te condecoró nuestro predecesor el Sr. Pio VII, de feliz memoria, y te permitimos que renunciados los derechos del Obispado de Sabina, el Ministerio de nuestro Vicariato general, el gran Priorato de la Orden de Malta, y todas las otras dignidades y encargos eclesiásticos de cualquier género, y reducido á la clase de simple particular, abraces como deseas, el instituto de la Compañía de Jesus. Vé, pues, adonde Dios te llama, para servir en el resto de

tu vida á aquel mismo á quien hasta ahora (enseñándote sus caminos como lo tenemos por cierto) has servido fielmente; y con toda clase de oraciones y súplicas, y en todo tiempo, ruega por Nos y por la Santa Iglesia, cuyo gobierno cometió el inescrutable juicio de la divina Providencia á nuestras débiles fuerzas en tiempos tan calamitosos. En efecto; Nos, ponemos mucha confianza en tus oraciones, no dudando que aunque vistas otro hábito, siempre estarás dispuesto á conservar hácia Nos y á esta Santa Sede, en el porvenir, aquella intencion, aquel empeño y aquella veneracion que has demostrado hasta ahora. El mismo Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, te conceda, que libre de todo cuidado ó inquietud, camines de virtud en virtud, y goces de la abundancia de la paz y gozo del Espíritu Santo, hasta que se cumpla tu gozo entre aquellos que abandonadas todas las cosas siguieron á Jesucristo abrazando espontáneamente su Cruz y llevándola constantemente.

"Y bajo los auspicios del divino auxilio, en prenda de nuestro paternal y singular afecto, te damos amorosamente, Venerable Hermano, la Apostólica bendicion.

"Dado en San Pedro de Roma, bajo el anillo del Pescador, á 30 de Noviembre de 1838. Año VIII de nuestro Pontificado.—*Gaspar Gasparini.*"

(Diario de Roma del Mártes 11 *de Diciembre de* 1838.*)*

A LOS PADRES Y HERMANOS

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Nuestro amantísimo Dios, que por su infinita misericordia tiene siempre fijos los ojos de su inefable providencia sobre nuestra mínima Compañía de Jesus, y la favorece constantemente con sus bendiciones, se dignó en nuestros mismos dias hacerle un don especial en la persona del PADRE CARLOS ODESCALCHI, *quien sirviéndonos de norma y modelo de perfeccion, vivió con nosotros el breve espacio de apenas* 33 *meses, y murió en nuestro Colegio de Módena, en olor de santidad el dia* 17 *de Agosto del próximo pasado año de* 1841. *Y así como cuantos tuvimos la dicha de conocerlo, tratarlo y vivir con él, recibimos de su ejemplo poderosa excitacion para imitarlo y conseguir aquel grado de sublime perfeccion á que aspira nuestro instituto; los superiores, deseosos de que sus hechos sirvan tambien para la edificacion, provecho espiritual y gratitud á Dios, de todos los hijos de la Compañía en lo venidero, me ordenaron reunir los antecedentes y escribir la vida religiosa del siervo de Dios. Yo, dejando á mejor pluma el cuidado y honor de dar á pública luz una relacion completa y perfecta de dicha vida, solo me limito á escribir un ensayo sobre ejemplos de virtud y perfeccion que nos dió*

primero como novicio, y luego como religioso de la Compañía de Jesus. Todo el mérito, bien que el único, de mi trabajo, consistirá en una exactitud escrupulosa con la verdad; y á eso me ayuda la buena fortuna que me cupo en suerte de acompañar de continuo al siervo de Dios, durante 25 meses, desde su entrada en el noviciado de Verona; de modo que presencié la mayor parte de lo que refiero, y lo que no, lo tengo del fiel testimonio de los que lo presenciaron.

Roma, 16 *de Octubre de* 1842.

El Compilador.

MEMORIAS EDIFICANTES

Sobre la vida religiosa del
siervo de Dios

EL PADRE CARLOS ODESCALCHI,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

CAPITULO I.

Entrada del Cardenal Cárlos Odescalchi para servir á Dios en la Compañía de Jesus.

Aquel impulso heróico que determinó á su Eminencia el Cardenal Cárlos de los Príncipes de Odescalchi á volver las espaldas al siglo y á trocar los honores de su alto nacimiento y de la sagrada púrpura por el humilde asilo de un claustro, no fué el fruto de una inspiracion divina, súbita y triunfante, ni el impulso de una resolucion prematura é irreflexiva ni cosa alguna parecida que pretendan insinuar los ánimos malignos, prontos, siempre á empañar la virtud con su ponzoña, por no verse á sí propios condenados: fué, sí, el medio de apagar aquella sed ardiente, que sin lograr satisfacerle, habia alimentado por espacio de veinticuatro años consecutivos, y que

en tan prolongado periodo habia tenido siempre al corazon fuera de sí y sumido en angustias. Desde el mismo año de 1814, en que por Bula del in mortal Pio VII, de eterna bendicion, fué restablecida en todo el universo la Compañía de Jesus, D. Cárlos, que era á la sazon un sacerdote jóven de edad de veintinueve años, y que se veia cercado por las mas halagüeñas esperanzas de un florido porvenir, tanto en atencion á su elevada cuna cuanto á las raras prendas de que su ingenio y corazon estaban dotados, habia ya hecho demanda á los superiores para ser admitido en la Compañía, y habia obtenido la cédula de aprobacion. Mas en el momento en que se disponia para empezar su noviciado en el convento de San Andres, en Roma, donde ya tenia preparada la celda con su nombre inscrito encima, sabedora del hecho una señora, parienta cercana suya, tanto hizo y de tal manera buscó empeños para con los prelados, los Cardenales y hasta el mismo Sumo Pontífice, que á pesar de la amargura de su afliccion, le fué forzoso al generoso jóven ceder, y retirar el pié del suspirado puerto de la religion en que estaba ya próximo á encontrar abrigo. Esto no obstante, el afecto y el anhelo por la religion no se borraron en modo alguno de su pecho; antes bien la misma preeminencia y honores de la gerarquía eclesiástica á que por obediencia se vió elevado, lejos de apartarle de su propósito, le robustecian en él y encendian su ánimo. (*)

En esta lucha secreta, entre los intensos y perpetuos deseos que cada dia le unian mas afectuosamente

(1) Creo conveniente añadir aquí el trozo de una carta escrita por el Sr. Marco Gazeine, de las Misiones, á un sobrino suyo novicio de la Compañía de Verona que me fué comunicada al tiempo de redactar estas Memorias y que es del mayor interes. ¿Me pides (dice) noticias del Padre Odescalchi? A mala parte te diriges, puesto que yo soy el que menos sé

á la religion, y los elevadísimos cargos que por su naturaleza le apartaban de ella, permaneció hasta el mes de Octubre de 1837; en cuya época, siendo Cardenal Vicario del Sumo Pontífice Gregorio XVI, que felizmente reina, y no pudiendo sufrir ya mas en silencio el combate interior que le atormentaba y que subia de punto con los obstáculos que se le oponian, suplicó á Su Santidad que aceptando la renuncia de todos sus honores y dignidades, le concediese para entrar en la Compañía aquel permiso por el cual habia suspirado en secreto su corazon durante veintitres años cumplidos. Pero Dios nuestro Señor, que para darle ocasion de mayores méritos exigia aun de él mayores pruebas de paciencia é invicta constancia, dispuso que por esta vez saliesen tambien sus votos fallidos; porque examinada la súplica por Su Santidad y cuatro eminentísimos Cardenales nombrados al efecto de dar su parecer, obtuvo esta respuesta: "Que la mayor gloria de Dios requeria que el bien público prevaleciese sobre el bien individual; que no podia concedérsele permiso de renunciar á los importantísimos servicios que prestaba á la Iglesia universal, para que vuelto luego

entre todos los misioneros. Nuestros padres Ugo, Casani y Cremesini que le trataron de cerca, siendo el primero su confesor, y que se hallaban todos en Roma, podrán informarte mejor que yo. Responderé sin embargo cuanto referí de viva voz á nuestro Padre Rector, y es, que cuando el Padre Odescalchi era aun prelado, iba siempre que podia á las Misiones con el Ilustrísimo Señor Strambi, obispo de Macerata y Tolentino, y su Ilustrísima le aseguraba que de buena gana se hubiera hecho Jesuita. Cuando de repente y sin tener de ello noticia se encontró con el oficio que le anunciaba su elevacion á la sacra púrpura, escribió al Ilustrísimo Señor Strambi, incierto de si debia ó no aceptarla, porque respetaba las palabras del santo anciano como si fuera un oráculo profético. El Señor Obispo, que se hallaba á la sazon en nuestra casa de Macerata, me dictó la respuesta, aconsejándole que aceptara la dignidad de Cardenal, puesto que no le impediria hacerse á su tiempo Jesuita y morir siéndolo; despues se escusó por no contestar de su propio puño en atencion á sus dolencias ordinarias, y firmando la carta se remitió. . . . Por lo que toca á la profecía del Ilustrísimo Sr. Strambi, estoy siempre pronto á confirmarla bajo juramento.—*Bolonia*, 2 *de Marzo de* 1842.

religioso cuidase mas de sí y menos de los demas; y que por lo tanto se resignase á la voluntad del Señor é hiciese á Dios el sacrificio absoluto de su santo deseo." Despues de semejante decision, viendo el Cardenal Odescalchi cerrado por una parte todo camino de salir adelante con su intento, y sintiéndose por otra arrastrado con mas fuerte impulso á abrazar los consejos de Cristo en la religion, sufrió tales angustias, que nunca las habia esperimentado su ánimo tan terribles. Casi un año entero llevó estas penas en silencio, por cuya causa creyeron todos (exceptuando algunos amigos de los mas íntimos, á quienes participaba los secretos de su alma) que el Cardenal Odescalchi se habia resignado completamente á permanecer viviendo en aquel estado que era mas conducente al bien universal de la Iglesia. Pero él, por el contrario, al llegar el mes de Octubre de 1838, despues de largas y humildes oraciones, y de haber tomado de nuevo el parecer de doctos, prudentes y acreditados maestros espirituales, convencido cada vez mas de la verdad de su divina vocacion, y calculando con prudencia suma no ser dable que Dios exigiese de él cosa imposible de conseguir, andaba recapacitando el modo de hacer otra tentativa que no fuera infructuosa. Sucedió al mismo tiempo, que por consejo de algunas personas que ejercian sobre él cierta autoridad, se retiró algunos dias á Perugia con motivo de su salud, para descansar en casa de una hermana que tenia allí, casada con el Marqués Connestabili; y reflexionando entonces consigo mismo que de lejos y por escrito podria abogar mejor su causa que de palabra, se valió de ocasion tan propicia para dirigir desde allí á Su Santidad una larguísima carta. Abria

en ella sin dizfraz alguno su corazon con el respeto debido, no menos que con aquella santa é intrépida franqueza que le inspiraba Dios en prenda de victoria; y con tal convencimiento y tal abundancia de datos y argumentos probaba hasta la evidencia ser cosa agradable al Señor su entrada en la Compañía, que Su Santidad solo al leerla y mas aun al meditar sobre el asunto, resolvió sin titubear acceder en todo á la demanda, por no cargar su conciencia (como dijo repetidas veces) con oponerse á la divina voluntad que estaba ya bien clara y manifiesta. Sabedor en esto el Cardenal Odescalchi del buen éxito de su súplica, regresó á Roma; y aunque le rebosaba el pecho de alegría, le fué forzoso disimular, pues que para llevar á buen término un asunto tan delicado, era absolutamente indispensable el mas estricto sigilo, que él mismo habia solicitado y que le fué prometido. En seguida, como era preciso un consistorio para que se aceptase en regla su renuncia de la dignidad de Cardenal, anduvo preparando con todo empeño cuanto se requeria para este acto tan solemne; y nadie hubo, excepto las poquísimas personas ocupadas en disponer las cosas y los documentos indispensables, ó las que estaban ligadas con promesa de inviolable secreto, que sospechasen ni por asomo el gran negocio que se estaba moviendo, y que luego al descubrirse habia de infundir en todos los ánimos el mayor asombro. Arreglado así todo, y próximo ya el dia señalado para el consistorio, el Cardenal Odescalchi para ahorrarse de embarazos y huir de las muchas habiillas que deberian suscitarse donde quiera al saberse públicamente un suceso tan notable, despues de haber nombrado por procurador especial que le representase en la asamblea al Ilus-

trísimo Señor Ignacio Cadolini, Arzobispo de Edessa y Secretario de la santa congregacion de la Propaganda, y de haber recibido entre lágrimas la bendicion pastoral de Su Santidad, salió de Roma hácia fines de Noviembre de 1838, sin participar á nadie la causa de su viage, y acaso en la creencia de no volver nunca á dicha ciudad. Mucho dió que decir en Roma esta partida tan inesperada y escondida del Cardenal Vicario, por averiguar adónde y á qué iba. Muchos opinaron que llevaba comision de tratar en alguna corte imperial negocios secretos de Estado; otros suponian que se le enviaba á las Legaciones, y mil conjeturas semejantes; pero en tanta diversidad de pareceres estaban todos muy lejos de dar con el clavo; porque el Cardenal Odescalchi caminaba á toda prisa por el rumbo de Verona, para vestirse en aquel recien fundado noviciado de la Compañía de Jesus, las insignias de San Ignacio. Llegado á Florencia, escribió á un hermano suyo que estaba en Roma, revelándole el gran secreto que hasta entonces tenia oculto; y prosiguiendo sin mas demora en su jornada, vino á hacer alto en nuestro colegio de Módena, para aguardar allí, segun estaba convenido, la noticia oficial del resultado del consistorio, que rompiendo todos los lazos de su dignidad y de los encargos á ella anexos, le declarase libre de disponer de sí á su alvedrío. La sorpresa y conmocion que produjo la indicada carta, así como la publicacion casi al tiempo mismo de cuanto se habia tratado y resuelto en el consistorio, es cosa, que si bien quisiera pintarla con palabras, prefiero que cada cual se lo vaya por sí solo imaginando. Solo apuntaré, aunque por encima, como al recibir y leer el Cardenal Odescalchi la suspiradísima carta de Su Santidad, en for-

ma de *Breve apostólico*, en el colmo de su alegría, prorumpió desde el fondo de un corazon agradecido en estas palabras: *Dirupisti, Domino, vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis*; y deponiendo de repente las insignias de Cardenal, apareció ante los Padres con vestido de simple sacerdote, arrancando de todos lágrimas de ternura jamas esperimentada. En seguida, resistiendo á la suave violencia que le hacian los Padres por detenerlo algunos dias entre ellos, como se abrasaba en deseos de verse al fin revestido con el hábito de la Compañía, se puso luego en viage asistido por el Rector de aquel colegio, y al anochecer del dia 6 de Diciembre de 1838, sin que nadie esperase su venida, entró en la casa de probacion de Verona. Por otra parte, dan como época de su ingreso el 30 de Noviembre del mismo año, porque desde dicho dia, en que tuvo lugar el mencionado consistorio, se le agregó á los novicios de la Compañía; y hago aquí esta aclaracion á fin de resolver cualquiera duda sobre la materia.

CAPITULO II.

Vida ejemplar que llevó el Padre Odescalchi durante su noviciado.

Desde la misma noche en que empezó su noviciado, el Padre Odescalchi dió á conocer bien á las claras que habia entrado en la Compañía para hacer la vida de un santo. Al verse rodeado de cuantos Padres y hermanos habia en la casa, á los que hizo venir el Padre Rector á besarle la mano, les dirigió varias veces la palabra de este modo: "Oh! ¡cuánto consuelo me infunde Nuestro Señor al verme por fin entre vosotros y vuestros

hermanos! En este momento rebosa de gozo mi corazon y me hace olvidar cuanto he debido padecer antes de llegar al término de mis deseos; pero vosotros no podreis, á buen seguro, comprenderme, si no me esplico con mas claridad. Debeis, pues, saber que desde el año de 1814 estoy recibido en la Compañía; que por espacio de veinticuatro años he tenido siempre á la vista sobre mi bufete la cédula de aceptacion; y que solo en este momento, segun veis, me ha sido concedida por el Señor y su Santísima Madre, la gracia de superar y vencer tantos obstáculos como hasta aquí me han impedido la entrada: juzgad por lo tanto si tengo ó no razon para estar satisfecho fuera de toda medida. Sin embargo, no puedo disimular, amadísimos hermanos, que en medio de mi contento siento una santa envidia de vosotros, que habeis venido á la Compañía á consagrar á la gloria de Dios y al bien de las almas los mejores años de la vida. Oh! ¡y cuanto podreis hacer y hareis en servicio de esta carísima Madre! Yo en cambio, soy ya viejo; he llegado á la undécima hora, podré hacer muy poco, y tendré que suplir con el anhelo y los arranques del corazon. Os ruego que me encomendeis vivamente al Señor para que no me haga ingrato é indigno de la gracia especial que me concede, y que al mismo tiempo tengais compasion de las infinitas faltas en que incurriré, hasta que guiado por vuestras reglas y por vuestro ejemplo me haya acostumbrado á cumplir con todos los deberes del noviciado." Despues, volviéndose al Padre Rector, dijo así: "V. R. debe considerarme desde este momento ni mas ni menos que como á uno de estos mis carísimos hermanos. Yo me entrego en sus manos absoluta-

mente y le pido que no tenga el menor miramiento á mi edad ni á otra cosa alguna, porque si mañana me mandase V. R. que fuese arreando un borriquito por los campos de Verona, estoy prontísimo á hacerlo." Los novicios antes de separarse le rogaron que les echase su bendicion, y á él le repugnaba; pero notando una seña del Padre Rector, añadió: "Pues bien, ya que el Señor lo quiere, así sea; pero desde mañana todos seremos igualmente hermanos."

Al siguiente dia, indicó con humildad al Padre Rector su vivísimo deseo de vestir el hábito de la Compañía en la próxima celebridad de la Concepcion de María Santísima; y habiéndole manifestado el Padre Rector que de muy buena gana se lo concederia, pero que reflexionase que en las pocas horas que faltaban no era posible que el hermano novicio encargado de la sastrería tuviera acabado un vestido nuevo, respondió: "A mí poco me importa que sea nuevo ó viejo: con tal que sea hábito de Jesuita, eso me basta." Con este motivo le trajeron el de un novicio que poco antes habia vuelto al siglo á causa de su quebrantada salud, despues de permanecer pocos dias en la religion: aunque no le sentaba muy bien, él lo juzgó como hecho á su medida, y se lo puso y lo conservó durante todo el tiempo de su noviciado. Al darse el abrazo de costumbre, todos los novicios le besaron primero la mano con una genuflexion, porque así pareció conveniente al superior; y este fué el último distintivo de su carácter episcopal que obtuvo el Padre Odescalchi mientras permaneció entre nosotros.

Aquí juzgo oportuno insertar la carta que escribió el Padre Odescalchi, el mismo dia que tomó el hábito, á nuestro Padre General, porque está llena de los mas

bellos sentimientos del alma, y debe servir á la edificacion de todos. Dicha carta dice así:

"*Reverendísimo Padre:* Habiendo tomado este mismo dia el santo hábito de la Compañía, acto que se celebró con la sagrada misa, en que por disposicion del Padre Rector recibimos el sacramento de la comunion todos los carísimos hermanos novicios, tomo luego la pluma para escribir á V. P., aunque mi carta no debe salir hasta mañana. Pero escribo al momento para dar gracias á V. P. por su carta, tan preciosa para mí, y que para mi consuelo espiritual conservaré siempre, junto con el Breve del Santo Padre, el cual no puede por cierto negar que ha puesto el colmo á mi tranquilidad de alma. Escribo luego, porque las circuntancias arriba mencionadas y la coincidencia de tan hermoso misterio de María Santísima, á quien reconozco se debe el principio y fin de esta empresa, exige que sin demora alguna me dirija al que es ahora en la tierra mi superior en la nueva senda que emprendo seguir. En cuanto á mí, soy en estremo feliz, y el júbilo que esperimenta mi ánimo, es cosa que no puede describirse. El mundo que siempre pesa los hechos con balanza falsa, exalta lo heróico de mi supuesto sacrificio; pero yo bendigo la misericordia infinita, que me acordó el tiempo para lograrlo, y que ahora me concede el modo de santificarme y primero de convertirme.

"Doy asimismo gracias á V. P. por los pormenores que se complace en comunicarme respecto á mis parientes, y el efecto que les produjo mi determinacion. Estoy cierto de que si alguno de ellos desaprobó por el momento el paso que he dado, fué tan solo porque le desagradaba; pero el hecho quedará justificado cuando se exami-

ne sin prevencion. A veces se suele decir que no se aprueba lo que disgusta; pero el convencimiento íntimo no va acorde con lo que profesa el labio. Confio en que todos se sosegarán pronto, y la consecuencia necesaria será entonces su aprobacion.

„Deseo que V. P. me reconozca siempre por súbdito suyo, y que como tal disponga siempre de mí sin ningun miramiento, no olvidándose nunca de cuán grato me es el sacrificio de mi propia voluntad.

Con estos sentimientos me suscribo de V. P. obediente servidor y súbdito—*Cárlos Odescalchi, Nov. S. J.*"—*Noviciado de Verona*, 8 *de Diciembre de* 1338.

Tambien desde la misma tarde de su entrada habia rogado con sumo ahinco á los superiores que sin distincion de ninguna especie le dejasen observar en todo el régimen comun de vida que se hallaba establecido; pero atendiendo estos á su naturaleza débil y delicada, juzgaron prudentemente que no se le podia conceder. Dispusieron por lo tanto, á fin de que descansara con mas comodidad, que ademas del colchon que nosotros usamos, solo se le pusiese en la cama un jergon de paja, y que durante el invierno, siempre crudísimo en Lombardía, se encendiese la estufa en su aposento, señalándole ademas un hermano para que desempeñara todo el servicio interior del cuarto. En cuanto al alimento, despues de reiteradas instancias, pronto se le acordó que usase del mismo de la comunidad. A la comida de medio dia y á la cena venia á refectorio, y solo el desayuno era lo que le llevaba á su aposento el hermano encargado de asistirle. El Padre Odescalchi tomaba gran pesadumbre

de estas distinciones, y solia decir á menudo al hermano sirviente: "Ah hermano! es preciso tener paciencia: los superiores lo quieren así, y los dos hacemos mérito, yo por la obediencia que me hace sujetar mi voluntad, y vd. por tantas molestias como se toma á causa mia." Pero no descansando en sus súplicas, y aguzando sin cesar el ingenio en busca de argumentos para probar que tales distinciones, lejos de serle provechosas redundaban en su incomodidad, consiguió antes de mucho que se aviniesen los directores á su deseo. Así, mucho antes de empezar la primavera obtuvo quedarse sin lumbre; luego sin jergon; y en seguida, al poco tiempo, sin nadie que le sirviera: en una palabra, vivir en todo y por todo como los otros novicios. Entonces, pareciéndole todavía una excepcion tener señalado en el refectorio el primer puesto entre los Padres novicios, tanto dijo y rogó, que los superiores, por no verle desconsolado, permitieron que se mezclase á la suerte con todos los demas; y sucedió no pocas veces que fué á sentarse el último. Para aprender tambien las mas mínimas costumbres del método de vida de la Compañía y sujetarse á ellas, ademas del libro de las reglas tenia continuamente entre las manos el cuaderno de consejos para los novicios; y de tal modo se habia empapado de su contenido, que cuando ocurria el caso, podia citar el párrafo y aun las palabras literales. Y como entre estos consejos se encuentra, segun todos sabemos, el de que al levantarse de la cama se haga oracion al Señor pidiendo la gracia de la perseverancia en la Compañía, y que para este fin se invoque al coro de los ángeles y al Santo del antiguo testamento que toquen en aquel dia por turno, segun la tablilla colgada en el cuarto de

los novicios y que se debe repasar todas las noches antes de acostarse; por eso el Padre Odescalchi, que queria obsevar rigurosamente, así como todas las otras, esta mínima pero piadosa costumbre, y á quien por otra parte no le era fácil ir todas las noches á consultar la indicada tablilla por hallarse muy distante, mandó sacar una copia redactada de un modo mucho mas sencillo; y la apreciaba en tanto, que hasta cuando iba de viage la llevaba siempre consigo. De aquí provino, que como era tan escrupulosamente exacto en el cumplimiento aun de las cosas mas leves, solo el verle servia contiuamente de elocuentísimo sermon para avivar la devocion en el ánimo. Llevaba siempre las manos cruzadas humildemente al pecho, la cabeza un poco inclinada hácia delante y los ojos bajos, con una sonrisa de estremada mansedumbre: parecia, en fin, la misma modestia personificada. En todas sus palabras, gestos y ademanes no respiraba otra cosa que perfeccion y santidad.

Ahora conviene ir apuntando aquí algunos hechos, que si por acaso pudieran tenerse por comunes y nada estraordinarios en otras personas, deberán reputarse de seguro por memorables y singulares en el Padre Odescalchi, cuando al medir el mérito de la cosa se reflexione asimismo en quién las hacia y con cuanta perfeccion; regla de justa prudencia que debe conservar siempre á la vista todo el que leyere estas memorias. En los dias acostumbrados se imponia en el refectorio las mismas mortificaciones públicas que todos los demas; ya estándose con los brazos abiertos en cruz, ya arrojándose debajo de las mesas para besar los pies aun de aquellos que por respeto los retiraban, ya poniéndose de rodillas y arran-

cando siempre lágrimas de todos los circunstantes, y con especialidad de los que por la primera vez le veian en aquellos actos de humillacion. Pocas veces sirvió á la mesa, porque notando los superiores que apenas podia sustentar el peso de las fuentes, no consintieron en que lo hiciese mas á menudo. Pidió y obtuvo licencia para ir algunos dias á la cocina á ayudar al hermano cocinero y para lavar los platos; y tanto á los novicios que le acompañaban en el empleo, cuanto á los demas que lo sabian, les causaba gran asombro y enternecimiento ver á un hombre de tal categoría, con su delantal puesto, estar pendiente de las órdenes del hermano cocinero y desempeñar con la mayor diligencia todos los oficios que se le encargaban por bajos y humildes que fueran. Por las mañanas, despues de haber arreglado su cama, se le observaba salir del aposento con la vasija en la mano, vaciarla y limpiarla con mucho cuidado, y luego traer en un jarro el agua necesaria y hacer por sus propias manos todos los oficios indispensables para la decencia del aposento, de lo que quedaban, y con razon, maravillados todos los forasteros, sacerdotes y seglares, que venian al noviciado á hacer ejercicios piadosos. Era tambien cosa admirable verle cada tres dias, cuando tocaba barrer su habitacion, como traia y llevaba el cajon de la inmundicia por todo el trecho del larguísimo corredor de los Padres. Colocada la mano derecha sobre el pecho, lo agarraba con la otra, teniendo el brazo un poco levantado y estendido cuanto cabia para separlo del cuerpo; de modo, que segun decian los novicios, parecia exactamente que llevaba con mucha devocion el pectoral. Siempre que le parecia, ó aun que sospechaba haber cometido alguna fal-

ta, corria al momento á acusarse á los superiores; y cuando á fuerza de ruegos obtenia licencia, poseido de humildad y confusion, declaraba en el refectorio la culpa de su poca edificacion y sus defectos en particular, los que nunca eran graves y las mas veces ni aun se podian llamar tales. Asistia con toda puntualidad á las exhortaciones y conferencias que se celebran con los novicios, escuchando con admirable atencion, y tambien solia con gran humildad interior y esterior esponer sus dificultades y dudas al Padre maestro, el cual siendo mucho mas jóven, se acordaba con asombro de haberle besado la mano cuando él era estudiante mozalvete en nuestro colegio de Ferrara, mientras el Padre Odescalchi era Arzobispo de aquella egregia ciudad, y tampoco tenia olvidado el haberle oido repetir: "*¡Cuánto envidio ese hábito! . . . . Todavía conservo la cédula de mi admision.*" Pero mucho me quedaria aun que escribir si quisiera enumerar aquí todos los raros y edificantes ejemplos de virtud con que el Padre Odescalchi durante su noviciado fué siempre aumentando la admiracion de sus hermanos, infundiéndoles nuevo estímulo para llegar al grado de santidad que nuestro instituto requiere. Algo mas adelante, cuando hablemos por estenso de sus virtudes, se presentará ocasion de mencionar otros hechos particulares; pero basta con lo poco hasta aquí dicho para que los que no carezcan de toda perspicacia, puedan convencerse fácilmente de lo que llevo manifestado; esto es, que el Padre Odescalchi entró en la Compañía para hacer la vida de un santo. Y por santo, en verdad, le aclamaban todos á una voz, y le reverenciaban como singular ejemplo de perfeccion religiosa, concedido por la admirable Providencia Divina para bien y gloria de aquel naciente

Noviciado. Pero mas que el resto, se hallaban convencidos de esta verdad los superiores, pues que debiendo ó corregir alguna falta de los novicios, ó estimularlos á mayor perfeccion, no sabian sino repetir estas espresiones: —"No hubiera hecho eso el Padre Odescalchi."—"¿ No ha observado lo que hacia el Padre Odescalchi en iguales circunstancias?"—"Condúzcase mejor y procure imitar al Padre Odescalchi."—"¡Ay de nosotros si desaprovechamos el ejemplo de este santo varon, enviado aquí por el Señor para servirnos de guia en el camino de la virtud!"

CAPITULO III.

Su profesion.

La vocacion del Padre Odescalchi para entrar en la Compañía, considerada bajo todos aspectos como verdaderamente estraordinaria, y los estraños y rápidos adelantos que hacia cada dia en punto á santidad, daban motivo á suponer, fundándose en algunos rarísimos casos que ofrecen nuestros anales, que tambien podrian ser estraordinarias las disposiciones de los superiores respecto de él. Ni salió fallido este general presentimiento; porque apenas llegaba el Padre Odescalchi á los 14 meses de su noviciado, cuando Nuestro Padre General, en carta del 4 de Enero de 1840, le anunció, que usando de la facultad concedida por los institutos al Prepósito General, habia determinado incorporarlo estrechamente á la Compañía, mediante la solemne profesion de los cuatro votos, que deberia efectuarse en la próxima festividad de la Purificacion de María Santísima. "Me ha parecido muy

justo, (así escribia N. Padre) abreviar el largo camino que conduce al último grado de nuestra Compañía, á quien despues de consumirse años tras años en prolongados deseos, y despues de un año entero de profundos y amargos suspiros, rotos por fin á esfuerzos de una generosa violencia los lazos que lo ligaban, y continuando despues con aliento constante y correspondiente á aquel primer esfuerzo la carrera comenzada, ha llegado en poco tiempo al punto mismo en donde despues de años largos de pruebas se supone que llegan por lo comun los que por la via ordinaria aspiran al mismo grado, &c."

No se puede ponderar cuanto al recibo de esta nueva quedó confuso el humildísimo Padre, que se consideraba no solo indigno de todo lo que llevaba visos de distincion y privilegio, sino al contrario, merecedor de olvido y menosprecio. Por manera, que manifestando su sorpresa, repetia: "Verdaderamente no puedo comprender cómo ha podido ocurrir al superior destinarme á un grado, al cual, sábelo Dios, no deberia ni por sueño aspirar ni aun despues de muchos años de prueba en la vida religiosa." Pero al mismo tiempo, como tenia tanta complacencia en hacer de sí mismo un holocausto perfecto á Dios, consagrándose del todo é íntimamente á la Compañía, en medio de su confusion no podia ocultar su estremada alegría, que le rebosaba, manifestándola, ya en su semblante lleno de júbilo, y ya con algunas lágrimas que saltándole de los ojos mal podia disimular. Mejor de lo que decimos, se revelan estos mismos sentimientos en una carta que escribió al P. N. General, fecha el 9 de Enero de 1840, en los términos siguientes: "P. C.—Reverendísimo Padre.—La carta que acabo de recibir, me humilla,

me sorprende, y me llena el corazon de un gozo tal, que carezco de espresiones capaces de encarecerlo. Yo no puedo ocultar que mis deseos eran de llegar, saltando el bienio, al momento de hacer los votos; deseos que, sea dicho de paso, me habia yo mismo impuesto la ley de no comunicar. Juzgue, pues, V. P. de la impresion que habré recibido al saber que no mas tarde que el 2 de Julio, dia tan hermoso, podria hacer al Señor mi sacrificio, y un holocausto tan completo como el que se le ofrece por medio de los cuatro votos solemnes. Así es que no quiero retardar ni por un solo momento mis sinceros agradecimientos. No reconozco en mí mérito alguno que me haga digno de esta gracia; pero nuestro bendito Dios, que quiere sin duda en su infinita misericordia admitirme el sacrificio entero de mí mismo, ha sugerido á V. P. me dispensase este señalado favor. ¿Qué hará de mí la Compañía, esta madre que, segun he conocido y confirmado mas cada dia durante 14 meses, es tan digna de veneracion y merecedora de que se consagren á su servico aquellas fuerzas que yo ciertamente no encuentro en mí? "*Víctima*," y esta es la palabra que V. P. me sugiere en su carta. Que me reciba, pues, y me reputo como una *víctima*. Las víctimas de la ley antigua eran irracionales; pero una víctima racional puede suplir con el *corazon* las calidades que le faltan. Que reciba pues la Compañía la *víctima* de mi corazon, con la que no dudo quedará contenta, siendo, como es, una madre. V. P. por este medio ha satisfecho y marcado un límite á mis deseos en este mundo: ni busco ni deseo otro, y alabaré siempre la misericordia divina.

"A SS. SS. SS. me encomiendo, y lleno de respeto

me suscribo de V. P.—Verona, 9 de Enero de 1840.—Indignísimo siervo en Cristo, *Cárlos Odescalchi, Nov. S. J.*"

Aquí viene á propósito traer á la memoria un acontecimiento notable que bastaria por sí solo para demostrar la santidad del Padre Odescalchi. En el segundo dia de los ejercicios espirituales con que conforme al instituto, se preparaba para su profesion, una hora antes de esta, el Padre Maestro congregó á todos los Padres y hermanos novicios en la sala de su habitacion; y puestos en círculo, "esperémos aquí," les dijo, y calló. Cada uno dentro de sí andaba imaginando adonde iria á parar y qué propósito tendria aquella reunion inusitada; pero bien presto vino el Padre Odescalchi á sacarlos de aquella suspension y conjeturas. Puesto de rodillas en medio del círculo, la cabeza descubierta, despues de besar la tierra, y con las manos juntas en guisa de suplicante, les dijo de esta manera: "Suele la Compañía exigir de los promovidos á hacer la profesion, que durante tres dias salgan de puerta en puerta pidiendo limosna en la ciudad. Mas los superiores, por las razones mismas de tiempo y lugar por que suelen ordenar esta demanda, han tenido á bien dispensarme de esta prueba, que sufrida con el espíritu con que debe serlo, me hubiera quizá servido de preparacion propia para el próximo sacrificio. Por tanto, RR. PP. y carísimos hermanos, he pedido licencia á los superiores, licencia para pedir otra limosna, que acaso podrá serme de mas provecho, y esa limosna os la pido á vosotros, que creo no me la podreis negar. La limosna, pues, que con todo fervor os pido, es espiritual, y se reduce á que cada uno de vosotros me prometa apuntar en un registro todas las faltas y defectos que

en mi notan, el cual registro me entreguen despues, ó, si no directamente, por medio del P. Maestro, quien, conforme á este concierto, me hará la caridad de ponerlo en mis manos. Creedme, RR. PP. y carísimos hermanos, que me seria muy sensible llegar á entender que cualquiera de vosotros por consideracion á mí no escribiese su sentir con cabalidad y franqueza. Y si alguno tuviere sobre ello miramiento, se remedia con que no escriba bajo su nombre propio, que yo no exijo tanto, y me basta con saber mis defectos, á fin de que con la gracia de Dios, pueda yo enmendarme, y así la víctima que se ha de ofrecer en holocausto, pueda estar libre de toda mancha. Concluyo con deciros que rogaré á Dios por cada uno de vosotros, y mas por el que me dé en mas abundancia la limosna que dejo pedida." Y dicho esto, y besada de nuevo la tierra, se fué con el mismo silencio y compostura con que habia venido.

Grandísima fué la admiracion de todos los circunstantes de aquel acto tan de verdadera humildad; mas subió de punto cuando discurriendo sobre él con los novicios el P. Rector, les refirió una circunstancia que merece no ser callada. "Cuando vino," les dijo el Padre Rector, "á " pedirme licencia para pedir la limosna de sus defectos, " yo se la concedí, movido del deseo de cooperar á esa " obra meritoria. Me preguntó entonces el Padre Odes- " calchi cómo la pediria, si de rodillas ó en pié? Yo le " dije que en pié; y entonces el me replicó, ¿qué no seria " mas meritorio pedirla de rodillas? No hay duda, le di- " je. Pues si así es, concluyó, la demandaré no en pié, " sino de rodillas. Y así lo hizo en efecto, como acabais " de ver."—Bien presto, á este acto solemne de humil-

dad, se siguió otro el siguiente dia despues del de la profesion; y fué de esta manera, que puesto de rodillas á la hora de refectorio le fué leida desde el púlpito, segun él mismo habia suplicado, una invectiva asaz picante escrita por él mismo contra sí mismo; y lo era tanto, que los superiores no permitieron que se leyese íntegra tal cual él la habia compuesto, porque cierto, exageraba por demas, ya haciéndose graves reprensiones sobre defectos de poca monta, y ya de vez en cuando calumniándose tambien, que á tanto le impelia su profunda humildad, cegándolo hasta encontrar defectos en donde no los habia. Decir en dicha sátira que el privilegio que le habian concedido sus superiores abreviándole el término para la profesion, era por consideracion á sus cincuenta y cuatro años, y por mera compasion, puesto que conocia y confesaba hallarse absolutamente desprovisto de aquella ciencia y capacidad que á otros se solia exigir &c. &c. y finalmente, y para concluir, que solo habia sido novicio en el nombre, y un niño en la virtud. Estas dos últimas espresiones, cuantos las oyeron, las tuvieron por muy ciertas, pero en un sentido muy diverso del que quien las usó quiso darles. Ciertamente fué novicio solo en el nombre, quien vivió en el noviciado como un perfecto religioso, y en el noviciado y la religion como un santo. Fué tambien como un niño en la virtud, puesto que esta la ejercitaba con toda la sencillez é inocencia de un niño.

Llegado en fin el suspirado dia 2 de Febrero, hizo su profesion solemne en la iglesia de nuestro Colegio de San Sebastian, que por su amplitud y magestad, y por estar en medio de la ciudad, fué preferida para esta ceremonia á la pequeña, pobre y desierta del noviciado. La concur-

rencia fué estraordinaria, compuesta en mucha parte, ademas del pueblo, de eclesiásticos seculares y regulares, y de gente principal y distinguida por su nobleza ó empleos, que quisieron presenciar el voto de pobreza y de obediencia, y de no aspirar á las dignidades ni aceptarlas, hecho por quien nacido de una familia tan elevada, habia obtenido las dignidades mas elevadas de la Iglesia de Dios, si se exceptúa el Sumo Pontificado. Así es que les produjo lágrimas de compuncion y ternura la ceremonia: la cual concluida, se congratularon con el Padre y le dieron la enhorabuena; y él, sin poder disimular la alegría que rebosándole ya se manifestaba en su semblante: "Cierto, les decia, bien merezco la enhorabuena, como que ya no me queda de hoy mas que desear; y podré decir al Señor con el viejo Simeon: *Nunc dimittis servum tuum Domine* etc.—El mismo dia al ponerse el sol, reunido con los novicios, que andaban paseándose por el jardin, y deseoso de hacerlos partícipes de la plenitud de los consuelos de que se le habia llenado el corazon, despues de ponderarles con su acostumbrado candor el beneficio inefable que Dios le habia querido dispensar recibiendo el sacrificio de su persona junto con la del divino Infante, justamente en el mismo dia en que se ofreció por víctima á su Eterno Padre, de repente, como para desahogar en alguna manera el gozo que dentro el pecho no le cabia: "Oh, esclamaba, cuán grande ha sido este dia para mí! No, nunca he sentido un gozo igual al presente: si me dejara yo arrastrar de mi alegría, me veriais luego al punto dando brincos y bailando *coram Domino*, como en otro tiempo delante el arca del Señor el Santo Rey Profeta." En seguida, como reprendiéndose de estas salidas, hacia

observar la diferencia entre aquel contento que suelen producir las cosas mundanales y el que es fruto de la justicia, y un don del Espíritu Santo. El que produce el mundo, es vano, mentiroso, y trae de ordinario detras de sí crudos afanes y amargas desazones, cuado al contrario el que viene de Dios es purísimo y nunca con amargo agenjo mezclado. Y en estas suaves pláticas sobre las cosas tocante á Dios y á nuestras almas, se gastó el resto del dia, el cual tan memorable como fué para el P. Odescalchi por el cumplimiento que obtuvieron sus deseos, lo será tambien para la Compañía. Cerraremos el presente capítulo con otra carta suya escrita el siguiente dia al mismo R. P. General, en los terminos siguientes: "P. C.—Muy Reverendo Padre en Cristo. No puedo esplicar á V. P. R. el gozo con que acabo de hacer mi profesion, de la que enviará la relacion el P. Rector. Me siento muy contento y feliz, y ya podré comparar con la felicidad de la tierra, esta otra suma dicha, tan pura y toda espiritual, que una alma siente cuando se une de una manera indisoluble con su Señor. ¡Qué cosa será el Paraiso si tanto en la tierra se goza por medio de este pequeño rayo del cielo! Permita, pues V. P. M. R. que yo le ofrezca mis mas sinceros agradecimientos, como á insigne bienhechor mio, puesto que V. P. fué quien todo me lo allanó. De aquí en adelante me tendrá siempre muy pronto y obediente á todos sus mandatos y aun insinuaciones, como que tengo entendido que la santa observancia y la santa obediencia son las dos bases sobre que debo cimentar lo que me queda de vida. Pues que habeis de escribir ahora mismo al S. P. á propósito de su exaltacion al trono Pontificio, os suplico aprovecheis la ocasion de comunicarles mi satis-

faccion, y al tiempo mismo, mi separacion *perpetua*, *irrevocable*, de todo lo que á este mundo me ligaba. Así es que ninguno deberá ocuparse de mi persona, ni aun en la hipótesis de que me hubiese arrepentido, ahora que me acoje benigna esta mi nueva madre la Compañía, que no me negará aquel *techo* y aquel *alimento* con que se contentaba el Apóstol San Pablo. Esto me basta por ahora, por la misericordia divina.—Reconocidísimo, é invocando el auxilio de SS. SS. me protesto de V. P.—Verona 3 de Febrero de 1840—Indignísimo siervo en Cristo *Cárlos Odescalchi* de la C. de J.

CAPITULO IV.

Se le emplea en dirigir los ejercicios espirituales de la casa y de fuera, con grande éxito y aprovechamiento de las almas.

Apenas habia el Padre Odescalchi concluido el mes que se acostumbra de ejercicios espirituales hácia principios de Febrero de 1839, cuando los superiores, penetrando su capacidad, y deseosos de aprovecharla en beneficio de los prójimos, lo destinaron para la direccion de los ejercicios espirituales, tanto de los sacerdotes como de los seculares, que constantemente de centenares de leguas á la redonda concurren á aquel noviciado, quien por ocho, quien por mas dias, á un santo retiro bajo la direccion de nuestro Padre. Pero al intimar este encargo á un hombre tan humilde, fué estremada su confusion; porque entendia que lo habian elegido para una cosa muy sobre sus

fuerzas, reputándose incapaz de dirigir á otros, y muy novicio para manejar con destreza las almas espirituales. Mas confiado en que Dios no le escasearia el auxilio necesario, atento á que la santa obediencia lo obligaba, aceptó con prontitud; y con todo el esfuerzo de que era capaz, y con todo empeño se entregó al profundo estudio del *libro admirable* de los santos ejercicios, á fin de que por su parte nada faltase para el cumplido desempeño del nuevo ministerio que se le encomendaba; y en breve tiempo, á merced del continuo estudio, y mas que todo, de la oracion, acertó á penetrar y comprender en todas sus partes el sobrehumano magisterio de los ejercicios, y á manejarlo con tal destreza, que no parecia sino que llevaba en ello muchos años, y se captaba la admiracion de cuantos lo escuchaban. La noche antes de comenzar los santos ejercicios, antes de proponer el punto fundamental de la última meditacion, llamaba á todos los ejercitantes, y les hacia largas y minuciosas esplicaciones, con el objeto de que lograsen mayor provecho de la meditacion. Les recomendaba sobre todo que entrasen á los santos ejercicios con un corazon magnánimo y caritativo, y que se entregasen del todo en las manos de Dios, para que este los manejase á su voluntad, y pudiesen servirle segun su beneplácito. Al esplicar los puntos de la meditacion era algun tanto conciso, y no obstante tenia tanta gracia para decir, y lo decia con una compostura tan suave al tiempo mismo que magestuosa, con tan íntima persuasion de la verdad eterna, con un celo tan ardiente, que á quien lo oía, le parecia percibir no se qué cosa de estraordinario y sobre humano, resultando de todo esto muy grande eficacia y poder en sus pláticas. Y si esto

era comun y corriente en todas las meditaciones, cuando le tocaba hablar del Reinado de Cristo y del amor de Dios, cualquiera hubiera dicho que se abrasaba y despedia llamas de caridad. Y entre muchos casos que como en muestra de esto pudiera citar, me ocurre el siguiente. Esplicaba una noche el punto de la meditacion, que era sobre el Reino de Jesucristo, y entre los otros concurrentes estaba el Abate José Ventura de Verona, viejo venerable, dentro y fuera de su patria, muy celebrado por su ciencia y talento: pues este mismo, á la mitad del discurso del P. Odescalchi, no pudiendo ya contener el calor de los afectos que habia dentro de él excitado la vehemente oracion, prorumpió en deshecho llanto; y concluida aquella, se arrojó de rodillas á los piés del Padre, sollozando todavía, y esclamó: "¡Oh, qué cosas tan hermosas habeis dicho esta noche. . . . . me pareceria que me arrancaban del pecho el corazon. . . .¡Ah Padre, ah Padre! ¿quién podrá resistirse á este llamamiento de Jesus? De la misma suerte, otro sacerdote respetable al concluir los santos ejercicios que habia practicado bajo la direccion del P. Odescalchi, discurriendo sobre ellos con el P. Rector, y con especialidad acerca de las meditaciones, cuyo objeto era excitar al amor de Dios, aseveraba: "Que un serafin de los cielos no habria esplicádose mejor: que los pensamientos y sentencias del P. Odescalchi sobre aquel asunto, no se hallaban en libro alguno, y podian ser solo dictadas por un corazon inflamado por el amor divino." Ello es cierto que todos aquellos á quienes tocó en suerte practicar los santos ejercicios bajo su direccion, no salian sino llenos de fervor, y resueltos á mantenerse firmes en el camino del bien, bendiciendo á aquel Señor cuya bon-

dad se habia dignado, por medio de su siervo, derramar sobre ellos copia tanta de bendicion.

Hecha ya una breve reseña de las tareas que casi desde el principio de su vida religiosa impendió el P. Odescalchi, continuando casi hasta su muerte, con inmenso aprovechamiento de las almas, paso á hacer relacion de las que desempeñó públicamente en su apostólica predicacion en las ciudades y pueblos de la Italia. Cuando se hubo desparramado por todas partes la fama de la santidad del siervo de Dios, del modo admirable con que dirigia los santos ejercicios, y el fruto copioso que cosechaba cualquiera que lograba escucharlo, se suscitó un vivo deseo de verlo, de oirlo, y en fin, de aprovechar tanto como otros habian logrado. De aquí nació que de continuo y de todas partes, entre ellas, algunas bien lejanas, viniesen á los superiores, instancias muy ardientes de obispos, párrocos, y personas tambien seculares dignas de respeto, para que les mandansen al P. Odescalchi á predicarles en sus respectivas tierras, ó á mostrarse siquiera, juzgando que su simple aspecto equivalia á una predicacion. Las repetidas instancias de tan autorizados personages obligaron al fin á los superiores á satisfacer á lo menos los deseos de algunos pocos, segun las circunstancias proporcionaban. Los primeros ejercicios espirituales que dió el P. Odescalchi, fueron al pueblo de Verona hácia fines de la cuaresma del año de 1839. De aquí, en seguida unos de otros, los dió en Imola al clero, y lo mismo en Ravina y Génova; en Módena al pueblo; segunda vez en Verona al clero; en Placencia al pueblo y á las señoras; en Castiglione delle Stiviere á las vírgenes de Jesus; en Cremona á las vírgenes de la Virgen María y al venerable seminario

Episcopal. Y como seria cosa de nunca acabar traer á la vista y noticia del lector todas las obras dignas de suma alabanza que el siervo de Dios practicó durante el público ejercicio de su ministerio, recogiendo copiosísimo fruto, me reduciré á las mas principales; aquellas, sobre todo, mas dignas de imitacion. En todos los lugares en que predicaba, concurria de muchas millas á la redonda tanto número de gentes, así de la nobleza como del pueblo, que las iglesias, por mas que tuviesen la amplitud suficiente para muchos millares de personas, no tenian la necesaria para la multitud que se agolpaba. Por la misma causa, siempre resultaba que los seminarios eran estrechos para los sacerdotes que concurrian á los santos ejercicios. Por todos los lugares de su predicacion nunca se hallaron pecadores así empedernidos que de solo verlo presentarse en el púlpito no se sintiesen movidos por Dios, de tal manera y tan contritos de sus culpas, que aun antes de oir las palabras del siervo de Dios se podia notar que estaban ya mudados y convertidos. Mientras duraban las meditaciones era cosa muy corriente oir á la multitud suspirar y gemir de compuncion y dolor; pero cuando en el curso de la plática exaltaba los afectos, lloraban ardientes lágrimas y sollozaban. Y no se reducia el fruto de los santos ejercicios á las solas muestras transitorias de dolor y compuncion, pues siempre los produjeron mas sólidos y duraderos por todos los lugares y entre toda clase de gentes, en términos de exceder á las mas lisonjeras esperanzas; de lo que dan testimonio las cartas, que se conservan hasta el dia en el noviciado de Verona, de los obispos, rectores de seminarios y de otras personas. Y como una muestra de la eficacia que Dios concedió á sus palabras

en provecho de las almas, referiré un caso particular, usando de las mismas palabras con que lo cuenta en sus memorias un Padre novicio, testigo ocular: dice así: "La muy Rev. Madre Prelada del colegio de las vírgenes de Jesus en Castiglione, en una carta escrita al R. P. Rector, habia manifestádole el deseo de que los Padres que estaban á punto de mandar para dirigir los ejercicios espirituales de aquella ciudad, se encargasen de probar si podrian establecer en aquella casa religiosa la vida comun, que aunque incluida entre las reglas de la venerable fundadora jamas se observó, ni mientras ella vivió, á causa de las circunstancias de la época, ni en tiempo ninguno posterior. El P. Odescalchi era uno de los destinados á dicha mision: hecho cargo de este asunto, apenas llegó á Castiglione, trató de ponerse de acuerdo con la Rev. Madre Prelada para proceder con aquella prudencia y circunspeccion que demandaba un asunto de suyo tan delicado, buscando la hora y modo mas oportunos para hablar á la comunidad sobre el caso: pero apenas habia comenzado á insinuarse, cuando interrumpiéndole la Madre Prelada, le dijo: "Ah, P. Odescalchi! sobre eso de la vida comun es escusado que nos ocupemos, perdida como tengo toda esperanza de que podamos atinar á salirnos con ello." Y así continuó, alegando las razones que le habian producido aquella conviccion. Habia, pocos dias antes, indicado á la comunidad el pensamiento de ensayar si se podria en los próximos ejercicios empezar á poner manos á la obra para la observancia de la vida comun, en vano hasta entonces prescrita por la regla; pero las hermanas vírgenes, al solo nombre de vida comun, meneando las cabezas, habian todas, una despues de otra, alegado razones en contra, con visibles

muestras de mantenerse firmes en punto á no admitir novedad: confesaban que ciertamente habian abrazado el instituto con todas sus reglas, en que se incluia la vida comun; pero agregaban, que no estaba en observancia al tiempo que ellas entraron, ni antes nunca se habia observado: que bastaba arreglarse á lo que se habia practicado por el espacio de doscientos años, aun en tiempo de la misma fundadora: que el convento no ofrecia comodidad para establecer el nuevo género de vida que se queria introducir, &c. &c. De todo lo cual inferia la Madre Prelada, que ni aun se debian mencionar las palabras *vida comun*, que podian, con menoscabo del fruto que esperaba de los santos ejercicios, dar lugar á rencillas, odios y disgustos. El P. Odescalchi, despues de escuchar con mucha atencion la relacion toda, prorumpió así: "Pues con todo eso, R. Madre Prelada, tengo para mí que no hay motivo suficiente para desesperar y desistir. Por mucho que sean plausibles y bien razonados los argumentos de las Madres vírgenes, yo no puedo prescindir de la obligacion en que me encuentro de hacer por lo menos una tentativa. Aunque miserable pecador, estoy encomedado por la Divina Providencia para esta mision, en provecho de estas almas, de establecer la vida comun, que si llega á ponerse en práctica, vendrá á ser un poderosísimo medio para lograr frutos de perfeccion. ¿Ni cómo podria yo, durante los ejercicios, dejar en silencio una cosa á que las personas que me escuchen están ya obligadas por la profesion que hicieron? No: les hablaré sobre ello, y muy terminantemente. Afuera, Madre Prelada, las dudas y los temores. Procuraré, con ayuda de la gracia Divina, manejarme de manera que al procurar

un gran bien, no dé ocasion ninguna á siniestras consecuencias. Entre tanto, con toda confianza pongamos el asunto en manos de Dios, que tiene en ellas los corazones de sus criaturas"—¡Cosa admirable!—Llegada la oportunidad, en una plática sobre la vida comun, se insinuó de tal modo el P. Odescalchi con aquella uncion con que lo favorecia el Espíritu Santo, que hablaba por su boca, y las persuadió y convenció de tal suerte con sus robustos argumentos, que no hubo menester otro esfuerzo, logrando su objeto con solo aquel primero, suficiente á darle completo triunfo sobre todas las dificultades y oposiciones, que á juzgar segun la penetracion humana, debian reputarse insuperables. En el mismo dia, todas aquellas señoras, exceptuando solo dos, compitiendo á quien primero, dieron por escrito sus votos á favor de la vida comun, que, á poco tiempo despues, quedó puesta en práctica. Así es que el P. Odescalchi, promovedor de aquella santa resolucion, vivirá eternamente en la memoria y será objeto de las bendiciones de aquellas santas vírgenes de Jesus: no siendo menos dignas de recuerdo y alabanza las piadosas ejecutoras que lograron dos siglos despues de la fundacion, poniendo en vigor la regla olvidada, reducir su instituto á aquella unidad y perfeccion, que habia excitado la admiracion de las venerables fundadoras Cincia, Olimpia, y Gridonia Gonzaga, sobrinas de nuestro jóven Angélico (tambien lo eran ellas) San Luis Gonzaga.

Para la edificacion del lector, no estará por demas decir alguna cosa tocante á las prácticas de este santo varon, cuando por razon de las misiones que le encomendaban vivia fuera de la comunidad. En primer lugar, luego que los superiores le intimaban la órden para la

próxima salida, se aparejaba por medio del estudio, preparándose segun el caso demandaba, atentas las diferencias de lugares y personas; pero bien que fuerte y vigoroso, por sus dotes, para aquellos ataques, nunca en ellos del todo se confiaba, sino en el Divino auxilio que constantemente imploraba por medio de la oracion, la penitencia y el ofrecimiento de todas sus misas de libre aplicacion; y no contento con esto, andaba siempre rogando le ayudasen á implorarlo, satisfecho, segun con frecuencia repetia, de que el fruto de los santos ejercicios dependia, mas que de otra cosa, de la oracion. En sus viages, ademas de muchas letanías á la Vírgen Santísima, Padre-nuestros á diversos santos patronos suyos, y tantos De profundis y Angelus Dei cuantas millas recorria; en cada ciudad, pueblo ó aldea que tropezaba, recitaba tres Gloria Patris al Santísimo Sacramento, una Ave María á Nuestra Señora, un Angelus Dei al Angel Custodio, y un Requiem por los difuntos del lugar. En los intermedios de la deleitosa conversacion, que como un alivio del espíritu solia entablar con su compañero de viage, se ocupaba en ocasiones de la lectura espiritual del Rodriguez, libro tan predilecto suyo, que en menos de un año por tres veces leyó con sostenida atencion todo entero. Y no pocas veces sucedia que excitando el ánimo del compañero lo hacia ayudarlo á rezar hasta tres coronas de la Vírgen, antes de comer. Agrégase, que la oracion de la mañana duraba dos horas, calculadas, porque de relox no queria servirse en los caminos. Llegado al lugar de su destino, despues de arreglar el método y demas cosas concernientes a los santos ejercicios, era su primer cuidado escribir para su uso privado un horario ó distribucion del tiempo,

haciéndolo de modo que le quedase el suficiente para todas las prácticas que observaba dentro del noviciado; porque guardaba muy bien esculpida en el pecho la máxima de que no debo nunca descuidarse la propia perfeccion bajo el pretesto de cuidar de la de otros. Otra cosa que jamas se permitia en ninguna circunstancia, era el no salirse nunca, en cuanto al sustento, de los límites de la pobreza religiosa. Si le ponian algunas viandas que excediesen de lo necesario, en contravencion á lo que él siempre cuidaba de advertir, no bien llegaba á la mesa, luego las hacia devolver, sin dar sobre esto oido á representaciones ni ruegos. Aun de lo mismo necesario, si acontecia parecerle demasiado delicadamente preparado, apenas gustaba de ello, supliendo su lugar ó con pan ó con polenta (especie de atole), bebida, por lo grosera, muy acomodada á su espíritu de mortificacion y de pobreza; de modo que siempre la solitaba, dando por pretesto ser la que le conservaba la salud. Enemigo de todo lo que tuviese aun las simples apariencias de comodidad y delicadeza, nunca, ni antes ni despues de predicar, tomaba bebidas confortativas ni cosas semejantes. Solo una ocasion en Cremona, despues de haber predicado cuatro veces en el dia á aquellas hermanas Vírgenes de la Santísima Vírgen, se redujo á tomar una limonada, protestando que lo hacia solo por complacer al P. compañero, que viéndolo fatigado mas de lo ordinario, movido á compasion no cesaba de rogarle por que tomase algun refrigerio. En cuanto á padecimientos y penitencia, eso sí, era para consigo mismo muy liberal. Ademas de las molestias que siempre proporcionan los viages, como el calor en el verano y el frio en el invierno, que sufria con

gran gozo sin jamas quejarse, él agregaba la añadidura de otras voluntarias, de modo que no era posible sino que tan solo una gracia especial de Dios diese tanta fortaleza y aguante á una constitucion de suyo tan débil, y fatigada ademas. Durante los santos ejercicios de Cremona, fingiendo motivos de comodidad, hizo quitar el colchon de sobre el lecho que le servia de descanso, durmiendo sobre su dureza; y así lo hubiera hecho en todas partes, á no ser por las fundadas reiteradas instancias del P. compañero. Todos los sábados, no embargante las fatigas de ocho ó diez horas de confesonario, ayunaba rigurosamente; y á este ayuno, en las vísperas de las fiestas de nuestra Señora, agregaba la abstinencia de carnes. Durante dos horas todas las mañanas, traia ajustados sobre sus carnes una especie de cilicios que se las atravesaban, y todas las noches tan sin compasion se azotaba, que bien á lo lejos se apercibia. Y aun mucho mas de lo que se maceraba hubiera hecho para interceder y procurar la conversion de los pecadores, si no se lo hubiese impedido la santa obediencia, de que era tan observante, como despues veremos.

CAPITULO V.

Lo hacen director espiritual de los estudiantes de retórica.

Hácia fines de 1840, los superiores, con intento de aliviar al Padre Odescalchi de sus fatigas, que de dia en dia con su fama tomaban incremento, causándole no poco quebranto en la salud, le dieron el destino de director espiritual de los estudiantes de retórica. Suma fué la alegría

que esta eleccion produjo en estos jóvenes, dando por ella mil gracias y bendiciendo á Dios, porque con ella habia querido dar á entender, segun creian, el ánimo de colmarlos de gracias y favores, de que reputaban un preludio la concesion de tan santo director. Y no iban en esto fuera de camino, porque acostumbrado como estaba á empeñarse con todas sus fuerzas en todo lo que al servicio de Dios se dirigia, en los pocos meses que desempeñó este ministerio, logró infinito provecho. Ni es esto estraño, sino consecuencia natural del ejemplo continuo de una vida cada dia mas santificada, que era un estímulo permanente de toda sublime perfeccion; á lo que debe agregarse su grande aplicacion y celo en cultivar aquellas tiernas plantas, preparándolas y disponiéndolas á producir copiosos frutos durante toda su vida religiosa. Que pusiesen todo su corazon en Dios, y no abrigasen mas deseos que los eternos, era la máxima fundamental que deseaba esculpir en aquellos tiernos pechos; y se las repetia sin cesar, y se esforzaba á que la redujesen á la práctica en toda su estension y consecuencias. "Hijitos mios, les repetia con ternura mas que maternal, debeis por ahora atender á vuestros estudios; pero estudiad por santa obediencia, porque Dios lo quiere, y no con fines humanos: estudiad para haceros instrumentos de la mayor gloria de Dios, del aumento de fieles que lo conozcan, y de la salud de las almas por quienes Jesucristo derramó su sangre y dió su vida; y estudiad de manera que cada momento de estudio os gane un grado de celestial gloria. Si arreglais siempre á estas máximas vuestros estudios, tan lejos de tener tibieza en la vida religiosa y la práctica de las virtudes, os ireis siempre

acercando á la perfeccion." Con estas y otras pláticas, acomodadas á las diversas circunstancias, pero dimanadas siempre de los mismos principios y encaminadas á inculcarlos, nunca cesaba de exhortar á aquella tierna juventud, con suavidad y eficacia, á empeñarse en la empresa de avanzar en el camino y llegar á la sublime altura de la perfeccion religiosa. A cualquiera hora los acogia con aquella amabilidad y benevolencia congenial. Si acontecia que orando ú escribiendo le interrumpieran, dando al instante punto á su ocupacion, los escuchaba con tanta apacibilidad y atencion, cual si no tuviese otra cosa alguna á que atender. Entrar á su cuarto, era como entrar al reino de la luz y de la paz. Con palabras suaves y llenas de afecto, al mismo tiempo que con desenfado y franqueza, á cada cual segun su necesidad animaba y ensanchaba el corazon, apoyándose sobre todo en la misericordia de Dios é intercesion de la Santísima Vírgen, amorosa Madre nuestra. Era muy parco en la aplicacion de penitencias corporales; y daba por fundamento, que el estudio por sí solo, bien que no siempre se note, debilita y consume á los estudiantes. Sin ser solicitado, él mismo voluntariamente se ofrecia, unas veces al uno y otras á otros, á rogar á Dios por ellos y aun á decir misas por su intencion. A sus exhortaciones, la brevedad no las despojaba de nervio ni eficacia para estrechar con lazos de amor divino los corazones. Acérrimo enemigo de esterioridades, y de todo lo que tiende á singularizarse, veia en ambas cosas, segun solia decir, un peligro inminente de estraviarse por la senda de la vanidad y vanagloria, y otras peores, por seguir la de una aparente y vana perfeccion: puesto que el camino real es el mas seguro, y se sigue procu-

rando la adquisicion de las virtudes sólidas é interiores, la de la humildad por medio del ejercicio, y el hábito de interiores mortificaciones. Suplicándole una vez los novicios á principios de Mayo, les enseñase como honrarian á la Vírgen Santísima en aquel mes á ella dedicado, les contestó: "qué quereis que os diga: la humildad, la humildad, la humildad; la humildad le agrada muchísimo." Tambien en una de las primeras exhortaciones que les hizo, les decia: "me direis que de otra cosa no os hablo que de humildad; pero sabed, y os lo digo desde ahora para que nunca mas os maravilleis, que así como S. Juan á sus discípulos siempre hablaba solo de la caridad, yo no os hablaré sino de la humildad, persuadido como estoy de que sin ella no podremos avanzar en la via espiritual." Dichoso él que logró tanto fruto; pero ¿qué hay que admirar si se atiende á que mas que con palabras predicaba con el ejemplo, mucho mas eficaz que aquellas para persuadir, convencer y mover?

CAPITULO VI.

Principios de la enfermedad que le causó la muerte.—Pasa de Verona á Módena.—Progresos de la enfermedad.

Los que imitando las vidas de los Santos, dan á los demas ejemplos de virtud, debieran, para bien del mundo, ser inmortales; pero la Divina Providencia, en sus inescrutables disposiciones, que debemos adorar, se complace á veces en llamar á sí, y quitar de en medio de las gentes á estas almas predilectas, justamente en lo mas brillante de su carrera, y cuando mas necesaria y provechosa á detener el comun contagio podria ser su presencia.

Esto precisamente ocurrió en la persona del Padre Odescalchi, que ocupado en la santificacion de los pueblos por medio de la palabra divina, y cuando por todas partes crecia el deseo de su predicacion y ejemplo, Dios, para que recibiese la corona inmortal que sus merecimientos le habian ganado, lo llamó á sí, segun veremos en este y el siguiente capítulos.

Al tiempo de entrar en la Compañía, segun en su lugar dijimos, era de una complexion bastante débil y delicada; pero á poco se restableció y adquirió tal fuerza y vigor que era causa de admiracion, no solo para cuantos le conocian, sino para sí mismo. Así permaneció, con salud inalterable, aunque bajo el grave peso de su ministerio y la penitencia, hasta el mes de Julio de 1840, sin que en tanto tiempo tuviese necesidad alguna de médico. Pero en este tiempo empezó á sentir alguna dificultad en la respiracion, dolencia que siempre, segun aseguraba, habia resentido de cuando en cuando; si bien con el socorro de la medicina y la salida de temporada al campo á respirar el aire puro, á muchos pareció que la enfermedad estaba del todo curada y vencida. A los que le daban el parabien por el recobro de la salud, contestaba: "Sí, sí, pero ya estoy en la última de las veinticuatro horas:" dando á entender estar ya próximo el fin de su vida. De donde lo supiese para asegurarlo así tan resueltamente, solo Dios lo sabe. Lo cierto fué, que la prediccion se cumplió á la letra. En lo mas riguroso del inmediato invierno retoñó con mas fuerza, acompañada de tos, la dificultad de respirar. Se echó de nuevo mano á las medicinas, que produjeron notables alivios, que le permitieron celebrar la misa todos los dias, y atender dentro de su mismo cuarto

al desempeño, si no cumplido, bastante regular de sus ocupaciones. Al entrar, empero, de la buena estacion, contra la esperanza de los médicos que en ella confiaban un completo restablecimiento, se agravó, y se le hincharon las piernas. Juzgaron oportuno entonces los médicos sacarlo de Verona, cuyo clima, por su aire delgado y húmedo, no le convenia. Diéronle los priores á escoger cual le seria mas agradable entre las ciudades de Roma, Ferrara y Módena, celebradas todas por la benignidad de su cielo, y por ello muy propias para el objeto que se deseaba; y elegida por él esta última, por razon fácil de adivinar, luego al punto haciéndolo acompañar por otro padre, lo mandaron allá, bien que causándoles su separacion el dolor que debe considerarse. Esto fué á 5 de Julio del mismo año de 1841. Mas antes de que yo refiera todo lo acontecido en Módena hasta su muerte, daré un paso atras, para decir siquiera algo tocante á la edificacion que recibieron de sus hechos los novicios, así en su enfermedad como cuando en buena salud. Recibiendo las graves molestias de su enfermedad como una divina dádiva, en medio del dolor y compasion que ellos á los demas causaban, él mostraba un ánimo alegre, sin dar muestras de incomodidad ni impaciencia, conforme en todo con la voluntad divina; y tanto, que á las personas con quienes departia sobre su mal, solia decir que no tenia ganas de pedir á Dios alivio. Impetró, y á fuerza de súplicas é instancias, consiguió de los superiores que le quitasen el colchon, dejándole el lecho lo mismo como acostumbraba cuando en buena salud: solo sí no pudo conseguir que no se le diese comida de enfermo en lugar de la ordinaria de la comunidad, que era lo que él queria;

pero esta repulsa no la recibió con signo alguno de impaciencia, sino con la paz y tranquilidad que acostumbraba, repitiendo siempre: *Fiat Domine, fiat voluntas tua.* El dia de pascua, justamente al tiempo en que estaba tomando no sé qué cosa, que por via de refrigerio le habian recetado, habiendo entrado á visitarlo toda la comunidad en cuerpo: "hé aquí, les dijo todo confuso, el buen ejemplo que os da vuestro padre espiritual... mirad... mirad..." y continuaba haciendo la enumeracion de todas las distinciones y delicadezas, segun él las llamaba, con que lo habian obsequiado en los dias de la Semana Santa. En otra ocasion, prorumpió en estos términos: "¡Oh Padre Odescalchi! ¿*ad quid vinisti* á la Compañía de Jesus? ¿á comer de carne aun los viérnes y sábados? ¿para gravitar sobre los demas, estarte ocioso, y ser servido por todos?.... No, no Señor, que se haga en todo y por todo vuestra santísima voluntad: *fiat voluntastua.*" Admirable aunque nímiamente escrupulosa, fué la obediencia que durante todo el tiempo de su enfermedad observó, no solo para con los superiores, sino á los médicos y enfermeros. Sin replicar una sola palabra, ni dar la mas pequeña muestra de repugnancia, antes con prontitud y alegría, se prestaba á todo lo que de él se exigia, aunque algunas veces le producia no poco daño, sin culpa, es verdad, de los que con santa intencion creian procurarle su bien. Pero volvamos al punto donde suspendimos la narracion. Al principio, la mudada de temperamento correspondió tan bien á las esperanzas concebidas, que á poco tiempo el P. Odescalchi, con gran gusto, pudo ya celebrar la misa y rezar el oficio divino, suspendido mucho tiempo antes por órden de los médicos; y creyendo ya todos que

el restablecimiento fuese completo, daban gracias á Dios de que se habia dignado conservar una vida tan preciosa, no solo á la Compañía, sino á todo el público, para su salud y santificación. Pero, es preciso repetirlo, son inescrutables las miras del Señor, que á poco andar convirtió en nuevo dolor tanto gozo; porque hácia fines de Julio volvió el siervo de Dios á agravarse, en términos de que todos los dias, al ponerse el sol, le acometia una fiebre lenta. Fueron entonces llamados los mejores médicos, y entre ellos el ilustre protomédico de la universidad de Bolonia, quienes despues de las mas serias indagaciones acerca del orígen y progresos de la enfermedad, opinaron de comun acuerdo, que era una afeccion del pulmon complicada con hidropesía, y que aunque podia ser mortal, si se emprendia inmediatamente con todo empeño la curacion, aun cuando no se lograse curarla del todo, se podria á lo menos retardar, si no impedir, sus malignos progresos. Emprendióse en efecto al instante con el mayor empeño; mas sin lograr por esto mejoría; bien al contrario, el mal se agravaba notablemente. El dia de nuestro P. San Ignacio, fué el último en que pudo, aunque con gran trabajo, satisfacer sus tiernos deseos de celebrar el sacrificio de la misa. Desde entonces, empeorando mas y mas cada dia, y no pudiendo ya tenerse en pie, así por los acerbos dolores como por la suma debilidad, cayó por fin en cama el dia 9 de Agosto. Se temió entonces que el mal fuese superior á todo humano remedio: bien que el P. Rector del colegio, que lo mismo que otros, fundaba mas alto sus esperanzas, sugirió en aquel mismo dia al P. Odescalchi que comenzase una novena en honor del Venerable Cardenal Belarmino, de quien era muy devoto

el siervo de Dios; y que ofreciese al mismo tiempo al Señor, que si le concedia la salud por los méritos del Venerable Cardenal, la emplearia luego, dirigiéndose á Roma, en impetrar de la Santa Sede la canonizacion del último. El P. Odescalchi, que por ciencia infusa de Dios sabia de cierto, segun luego veremos, que le quedaba muy poco de vida, y que deseaba morir; despues de sonreirse al oir la propuesta del P. Rector, y al cabo de una breve pausa, le dijo: "Y bien, ya que V. P. lo desea, haré la novena." Cual fué el éxito de esta novena, lo veremos al fin del capítulo siguiente. Entre tanto, todos los individuos de la Compañía se empeñaban á porfia, á quien se esforzaria mas por impetrar una salud y vida tan queridas, ya ofreciendo el santo sacrificio de la misa, ya ardientes plegarias, y ya penitencias y lágrimas. Y esto no solo entre la comunidad, sino que divulgado por la ciudad el peligro del P. Odescalchi, unieron luego sus votos con los de aquella, las otras comunidades religiosas y los particulares, mandando muchos de ellos á sus espensas, hacer triduos y públicas rogaciones. En todos aquellos dias un gentío considerable se apiñaba al abrirse la portería para informarse del estado de la salud del santo varon. Pedian muchos por favor se les concediese verlo todavía una vez, besarle la mano, pedirle la bendicion y encomendarse á él para cuando estuviese en el cielo; y si bien los médicos habian prescrito para el enfermo el mayor reposo, como entre los solicitantes ocurrian personas cuyo rango y condicion no permitian negativa, fuerza fué de ellos permitir algunos. El, á cuantos llegaban acogia cortesmente, les agradecia la molestia que tomaban por su causa, y manifestaba siem-

pre un ánimo tan reposado y tranquilo, y á veces tan festivo y sereno, que no parecia estar postrado en el lecho del dolor, sino que gozaba anticipadamente las delicias del paraiso; y todos salian edificados, enternecidos, y repitiendo que habian visto á un santo. Uno de los que vinieron á visitarlo, fué el ministro de S. A. R.; y cuando ya se despedia, repentinamente se volvió el P. Odescalchi, y le dijo: "Señor ministro, suplico á V. E. que presente mis humildes respetos á S. A. R., y que en nombre mio le pida perdon por el escándalo que he dado en sus estados el tiempo que en ellos he permanecido." Todos los presentes no pudieron dejar de derramar lágrimas al oir palabras tan humildes; y el ilustrísimo señor ministro al bajar la escalera dijo al P. Rector que lo acompañaba, que no sentia fuerzas para volver, porque se le rasgaba el corazon con la conmocion grande que le causaban las palabras de aquel santo. Tambien son dignas de particular atencion las que en otra ocasion dirigió al M. R. Señor D. César Galvani, secretario del Señor Obispo. "Yo me voy, le dijo, Señor Don César: dé vd. en mi nombre las gracias al Señor Obispo por todas sus atenciones; y dígale que las conservaré siempre en la memoria, y que le recomiendo la Compañía." Por lo demas, todo el tiempo que le dejaban libre las visitas, segun lo observaron los que lo asistian, lo invertia, ya exhalando suavísimos afectos y suspiros, con los ojos fijos ora en la imágen de María Santísima de los Dolores, ora en la de la llamada vulgarmente del Arco, que tuvo siempre hasta la muerte en la cabecera, como á fiel compañera y segura custodia, y otras veces sobre Cristo crucificado; ó ya rezando en alta voz salmos y devo-

tas oraciones. Y todavia para desahogar mas su fervor, suplicó al P. Rector, que las oraciones que solia hacer, viniese á hacerlas á su cuarto, á fin de que haciéndolas en su presencia, recibiese consuelo y pudiese unírsele en la oracion con la intencion á lo menos, y levantar mas hácia Dios su alma y corazon. Pidió tambien al mismo y á otro Padre, que recitasen en su presencia el oficio Divino, y de la condescendecia de ambos recibió gran complacencia; pero á propósito de esto, es de recordar un acontecimiento. Una mañana, entre otras, al recitar uno de los Padres el versículo que le tocaba, y que está antes de Nona: *Vivet anima mea et laudabit te &c.* interrumpiendo al compañero, se volvió hácia el enfermo y le dijo: "Este versículo viene bien á V. R.; *si vivet anima mea et laudabit te.*" El P. Odescalchi le replicó al momento: "No: mejor me conviene el que sigue: *Erravi sicut ovis quæ periit;* pero por la misericordia de Jesus (y al decir esto fijó los ojos en el Crucifijo), *mandata tua non sum oblitus.*" Un dia que estuvo á visitarlo uno de los maestros del Colegio, le dijo: Esta mañana he ofrecido á Dios mi vida por la de V. P., y así ayúdeme á pedirle se digne aceptar este cambio." "¡Oh maestro! contestó luego el P. Odescalchi, ¿qué es lo que habeis hecho? os agradezco vuestra caridad y buen corazon; pero rogarle yo tal cosa. . . . no, jamas lo haré; y así, maestro mio, dejemos esto."

No pasaba dia en que no ponderase con los mas tiernos sentimientos el júbilo en que le rebosaba el corazon, por la gracia que Dios le habia dispensado de vivir y morir en la Compañía de Jesus. De este modo se espresaba de continuo y ordinario: "¡Oh cuan singular gracia

"me ha concedido Dios con llamarme á la Compañía!
"¡Oh cuan grande caridad me ha hecho la Compañia
"aceptándome por hijo! ¡Oh, cuan grande es su cari-
"dad! ¡Cuantos cuidados dispensa á sus hijos! Os doy
"las gracias, Dios mio, por haberme traido á la Compa-
"ñía de Jesus. Ni los papas, ni los papas tienen mejor
"asistencia que yo en este trance." Una vez con semblante muy alegre, decia á un Padre: "Si no hubiese hecho antes lo poco que hice para entrar en la Compañía, ahora lo haria luego, luego, y con gran diligencia, para tener el gusto de morir en la Compañía de Jesus." Al hermano enfermero dijo en otra vez: "¡Oh hermano, cuanto celebro haber pasado por todo el rigor del noviciado! Si se exceptúa el no haberme los superiores mandado al hospital, todo lo demas lo he pasado con sumo gozo." Ya hemos dado al principio del capítulo alguna muestra de su estrema obediencia durante el tiempo de su enfermedad: ahora, en confirmacion, bastará añadir dos solos hechos que manifiestan cuanto el P. Odescalchi era apegado á esta virtud, como fundamento que es y compendio de todas las demas. Trájole cierta bebida una noche el padre enfermero: apenas la hubo gustado, volvió á otra parte la cabeza, á causa de la repugnancia que para toda comida ó bebida sintió en sus últimos dias; pero acordándose repentinamente que no debia dejarse arrastrar de aquel ciego impulso de la naturaleza, sino obedecer lo que se le ordenaba, volvió á acercarse el brevage á los labios, y bebió todo cuanto exigió el enfermero. Llegando en aquel momento otro Padre, le confió el temor que le quedaba de haber antes faltado á la obediencia, cuando habia mostrado repugnancia por la bebida: replicole el

otro que no tuviese cuidado, porque aquello habia sido, no un acto humano deliberado, sino un impulso involuntario é instintivo. Pues todavía, insistió el P. Odescalchi, nuestro Señor no hubiera hecho lo mismo. Lo mismo hizo, replicó el otro, y así lo dice el santo Evangelo: "*Cum gustasse, noluit bibere.*" Palabras que dieron gran contentamiento al P. Odescalchi. Al dia siguiente, al tiempo que el enfermero le subministraba una taza de caldo, un Padre, que estaba presente, considerando cuanto padecia el enfermo, pues veia lo que le costaba vencer la repugnancia y horror natural con los esfuerzos de su virtud, le dijo, que si conocia que aquello le dañaba, no lo tomasetodo. " Eso, contestó, no metoca á mí juzgarlo, sino al hermano enfermero;" dejando á todos admirados de virtud tan perfecta.

Ya que hemos recorrido el tiempo y progresos de su enfermedad, y dado idea, bien que compendiada, de los hechos que concurren á demostrar, cómo el P. Odescalchi, ni aun en medio de grandes padecimientos, nunca se desmintió, antes estuvo siempre ocupado, con pensamiento y obras, aun en las mas minuciosas, en procurar la mayor perfeccion religiosa; réstanos ver, para dar cima á la materia que tenemos entre manos, lo mejor de ella; á saber: lo aceptable y digna que fué á los ojos de Dios la muerte de su siervo.

CAPITULO VII.

Recibe los Santos Sacramentos.—Muere santamente.—Sus funerales.

Mostró el mal sus progresos, acometiendo con dolores horribles en las entrañas al enfermo, y con una fiebre ardiente que lo redujo á tal postracion, que los médicos, confiados hasta entonces en los recursos de su arte, siquiera para aliviarlo, hubieron de desesperar. No así los padres del Colegio, que aunque impuestos de tan dolorosa nueva, no desmayaban, confiados en que el Venerable Cardenal Belarmino, cuya novena estaba para concluir, intercederia por la salud del enfermo, que ya entonces solo del cielo podia esperarse. Con todo eso, tuvieron la prudencia de disponer se le administrasen los Santos Sacramentos; y en consecuencia, cuando el padre espiritual le requirió si estaba dispuesto á una confesion general, contestó que con mucho gusto la hubiera ya hecho, conforme á la práctica que se observa al acercarse la muerte; pero por otra parte estaba tranquilo, muy tranquilo, y de nada le remordia la conciencia; en lo que reconocia un favor particular de la divina gracia, que con el fin de no espantarlo, permitia que tan insigne pecador desconociese sus pecados. Al entrar en su cuarto el P. Rector, con el Santo Viático, el dia 13; todo conmovido y con una cara muy alegre y encendida, por mas que se hallase entonces postrado, haciendo un esfuerzo se enderezó, y dijo: "Si V. P. me lo permite, diré dos palabras que deseo." Obtenida la licencia, continuó: "R. P. y carísi-
"mos hermanos, os doy las debidas gracias por la gran-

" de caridad con que me habeis tratado, y por las muchas
" molestias que por mi causa os habeis impuesto. Luego
" que esté en el cielo rogaré por vosotros á María Santísi-
" ma para que ella con su generosidad, cumplidamente os
" lo premie. A todos pido perdon de lo poco que he pro-
" curado su edificacion; y con especialidad en razon del
" mucho esmero que he tenido, y solicitud que por mi
" cuerpo he mostrado, y que tan agenas debieran ser de
" un pobre religioso." Todos los presentes al oir esplicarse así en aquel estremo á un hombre que tenian por santo, se sintieron tan compungidos, y derramaron tantas lágrimas, que fué aquel paso muy tierno; y el P. Rector, á quien los sollozos ahogaban las palabras, con suma dificultad pudo recitar el *miscreatur tui*, *&c.*, y las otras oraciones acostumbradas en la administracion del Santo Viático. De allí á dos dias, recibido el Sacramento de la Estrema-Uncion, y no mucho despues la bendicion *in artículo mortis;* y siempre con imperturbable serenidad de alma, y con tiernos afectos de devocion respondió á las oraciones prescritas por la Santa Iglesia en la administracion de estos últimos auxilios de la religion. La enfermedad entre tanto, sin ceder un solo punto de su obstinacion, cada dia reducia al paciente á peor estado; hasta que llegado el dia 16 de Agosto, que era el penúltimo de la novena, el P. Rector advirtió en público refectorio, que para complemento de las plegarias y todo lo demas practicado en los dias anteriores, al siguiente todos los sacerdotes aplicasen la misa, y los que no lo eran la comunion, por la salud del P. Odescalchi. Y era tal la confianza que todos tenian fundada, mas que en otra cosa, en este último esfuerzo, con que se proponian, por decirlo

así, hacer una especie de violencia al corazon de Dios para obtener la gracia tan suspirada, que daban ya la cosa por hecha. La noche inmediata, lo que antes no habia sucedido, cayó de cuando en cuando en delirio el enfermo, bien que por pocos momentos, y siempre, aun durante aquel, ocupado á lo que podia entenderse en cosas santas. En uno de esos momentos, habiéndosele acercado el padre que habia quedado á velarlo junto con el enfermero, con el fin de consolarlo, le recitaba á ratos los versículos del salmo 90: *Qui habitat in adjutorio Altissimi &c.*; y el enfermo no contento con oirlos y gozar interiormente su consolador sentido, con voz aunque débil, devota y fervorosa en cuanto alcanzaba, de uno en uno los iba repitiendo; pero al llegar al versículo: *Quoniam in me sperabit, liberabo eum protegam eum quoniam cognobit nomen meum.* "¡Oh, cuan bellas y agradables, esclamó el P. Odescalchi, son esas palabras!.... ¡y cómo inundan de consuelo el corazon!... Padre, vuélvamelas á repetir con mucho fervor:" y este lo verificó por tres ó cuatro veces. A las cuatro de la mañana estuvo á visitarlo el P. Rector, y le habló, para consolarlo, de las misas que iban á aplicarse por su intencion: á lo que respondió el P. Odescalchi: "Mil gracias, P. Rector; pero hoy es el dia de mi holocausto." Estas palabras, proferidas así, de una manera tan absoluta y con tanta seguridad, esparcidas en el momento entre la comunidad, hubieron de helar todos los corazones; y con todo, no bastaron á estinguir la esperanza tan viva que fundaban en la intercesion del Venerable Belarmino. A cosa de las seis, el P. Odescalchi, que habia estado como embargado en dulce sueño, volviendo en sí de repente, con cla-

ra é inteligible voz esclamó: "Hé ahí, hé ahí á San Luis que viene á echarme su bendicion." Oido esto por el padre enfermero, el único que entonces estaba en la pieza, se acercó á preguntarle si veia de veras á S. Luis; pero no recibió respuesta alguna. De igual modo despues de un breve rato, á tiempo que el hermano desde un rincon con suma atencion lo observaba trasformado el semblante como si viese cosas altas y maravillosas, esclamó de nuevo: "¡Cuan bella es la Vírgen!.... ¿es posible que sea tan hermosa?.... ¡yo no lo creia!" Y preguntándole el hermano con santa sencillez, si con efecto se le habia aparecido la Vírgen, recibió por respuesta el mismo silencio que antes. Ni es de creerse que estuviese trastrocado ó fuera de sus sentidos, porque acercándole luego el hermano una imágen de Nuestra Señora, y preguntándole si queria besarla, contestó que con muchísimo gusto, y así lo hizo repetidas veces con tierno afecto. Poco despues, concluida la hora de la meditacion, entró un Padre, y le dijo: "ahora justamente vamos á decir las misas por intencion de V. P., y confiamos en que Dios oirá nuestras súplicas;" á lo que el P. Odescalchi, casi con las mismas palabras que poco antes al P. Rector, le contestó: "Muchas gracias, Padre mio, por tanta caridad; pero hoy es el dia de mi holocausto." Volvió el mismo Padre, concluida la misa, diciéndole que habia rogado mucho por su salud, á lo que el paciente, fijando en él los ojos: "¡Oh Padre mio! le dijo, conformémonos con la voluntad de Dios.... pocas horas me quedan de vida." El otro con palabras interrumpidas por los sollozos, "ya que V. R., le dijo, está tan resuelto, á lo menos acuérdese de nosotros en el cielo."—"Sí, querido Padre, concluyó con

tierno afecto; lo primero que haré luego que llegue al cielo será rogar por mis padres, mis hermanos y toda la Compañía de Jesus." A cosa de las nueve y cuarto, llegó, sin sospechar que fuese la última vez, uno de los médicos, el Sr. Goldoni, que lo era de S. A. R. el duque de Módena. Al verlo el P. Odescalchi, cierto, como estaba, de que era por la última vez, á modo de quien se despide comenzó con espresivas palabras á significarle su agradecimiento, por los cuidados y esmero que durante el curso de su enfermedad le habia dispensado. Al oir esto el médico, sintió tan amargo dolor hasta en lo mas profundo del corazon, que se retiró con algunos de los padres á un cuarto inmediato para dar libre curso al llanto que ya no podia contener. Luego, quitándose del cuello una medalla que llevaba pendiente: "al menos, dijo, quiero que me quede una memoria de este santo que está para volar hácia el cielo." Y diciendo esto volvió á entrar al cuarto del enfermo, y presentándole la medalla, le suplicó que la bendijese. Este alzando una mano que colgaba fuera del lecho, lo complació reiterándole sus agradecimientos. Pocos minutos despues llegó el otro médico, el Sr. D. Juan Bianchi, profesor de la universidad de Módena, quien despues de recibir los mismos agradecimientos que el anterior, con las lágrimas en los ojos, se hincó de rodillas suplicándole que á él y á toda su familia les echase su bendicion. "Sí, contestó incontinenti el enfermo, yo los bendigo á él y á toda su famllia," y á poco añadió, "unid vuestra intencion á la mia de aquí á tres cuartos de hora," y calló. De todos los que estas últimas palabras oyeron, ninguno en ellas fijó la atencion; solo el médico á quien fueron dirigidas: sacó el relox para fijar

la hora, aunque no acertaba con qué propósito se las diria por mas que sobre esto recapacitaba; ni cuidó de molestar al enfermo para averiguarlo. Sea de ello lo que fuere, lo cierto del caso es, que esto aconteció á las nueve y tres cuartos, y que á las diez y media justas, el P. Odescalchi daba con el último aliento fin á su santa vida, como luego veremos. Si yo hubiese de manifestar mi opinion sobre esto, diria, que el P. Odescalchi, ó bien quiso dar á entender al médico, cuya piedad bien conocia, que se le uniese en la oracion que al entregar el alma á Dios habia de dirigirle, con intencion de hacérsela mas aceptable; ó, lo que parece mas probable, que por medio de aquellas palabras lo invitó á que uniese sus ruegos á los que él mismo intentaba hacer por su recomendado, luego que rotos los lazos corporales, se presentase delante el trono de la divina misericordia. El P. Rector, así que se fueron los médicos, advirtiendo que el enfermo por momentos se empeoraba, y satisfecho de que en lo que le iba á proponer recibiria mucho gusto, le sugirió que renovase los votos religiosos. Así lo verificó luego el paciente con muestras de gran júbilo, con que hizo patente lo mucho en que tenia y estimaba aquella vocacion que tantos suspiros y lágrimas le habia costado. En seguida quedó silencioso y recogido, y aunque con alegre semblante, inmóvil: sin embargo, movia de cuando en cuando los labios como si hablase, pero sin voz. Entonces los Padres, cada cual á su vez, se acercaba y le decia al oido algunas palabras de consuelo espiritual; y él daba signos de comprenderlo todo muy bien y aprovecharlo; mas á poco se le demudó el semblante, y ya no daba muestras de oir ni conocer, por lo que los circunstantes, creidos de que

ya fallecia, hincados de rodillas y deshechos en llanto le deseaban muy buena muerte. Despues de breve espacio, saliendo de aquel letargo, con clara é inteligible voz dijo: " ¡Oh cuan inoportuno es mi silencio!" Acercósele un padre preguntándole si lo conocia, y qué era lo que deseaba; mas no pareció que hubiese entendido nada. El P. Rector, tomando un Crucifijo en las manos, y poniéndoselo delante de los ojos, le dijo al oido: " Dígame, P. Odescalchi, ¿y á este lo conoce?" A esta pregunta abrió los ojos, fijólos en el Crucifijo, y esforzando todo el aliento que le quedaba, con gran ternura exhaló estas, que fueron sus últimas palabras: "¡Oh, á este sí lo conozco!" Y despues de breves instantes, inclinada la cabeza sobre el pecho, á las diez y media en punto, segun él mismo habia pronosticado, sin hacer estremos desagradables, sino con la mayor tranquilidad, con tres aspiraciones exhaló su alma en el costado de Jesus, por cuyo amor habia preferido vivir y morir en probreza evangélica, á todos los honores y grandezas mundanas.

El dia 17 de Agosto de 1841 fué el tránsito feliz del P. Odescalchi, quincuagésimo quinto de su edad y tercero no completo aun de su entrada en la religion. El haber fallecido el dia mismo en que se acabó la novena del Venerable Belarmino, da á conocer que pudo mas por medio de su intercesion, el deseo que el P. Odescalchi tenia de salir de este mundo, que las plegarias, lágrimas y ruegos nuestros para conservarlo en él. En cuanto á su complexion, era mediana, su estatura alta, buena su salud, y estremada su sensibilidad. Era sanguino y colérico, de donde le venia el buen color, la viveza de los ojos y aquella energía y vehemencia con que se espresaba cuando el

amor de Dios ó del prójimo estaba de por medio. Sus modales graves y pacíficos se avenian muy bien con su amable aspecto lleno al mismo tiempo de dignidad. De todo se debe inferir que su mansedumbre, humildad y mortificacion continua, no eran dones gratuitos de la naturaleza, sino virtudes ganadas ó adquiridas con esfuerzos continuos y por eso mas meritorias. Apenas se divulgó por la ciudad la noticia de que el siervo de Dios le habia entregado su alma, cuando se agolpó á nuestra iglesia y portería del Colegio gran multitud del pueblo, deseosos unos de verlo, otros de adquirir una reliquia suya de cualquiera cosilla que hubiese usado, y otros de saber á lo menos cuando se celebrarian las exequias. Las palabras que en boca de todos se oian eran estas, ú otras equivalentes: "Ha muerto un santo, porque si él no lo hubiera sido, ¿quién aspiraria á serlo? Ah santo P. Odescalchi, rogad á Dios por nosotros. Los padres de la Compañía han perdido á un hermano que era un gran santo." Hubo persona (S. E. la señora condesa Boscheti, muy digna de consideracion, así por la nobleza de su cuna como por sus virtudes cristianas, y gran bienhechora de la Compañía) que para satisfacer mejor su devocion al difunto, apellidado santo aun en vida; solicitada y obtenida licencia, mandó con grande empeño al Colegio artistas hábiles que sacasen su retraro y molde del rostro para obtener su busto. El Sr. Obispo, que se hallaba tomando temperamento para mejorar su salud en un lugar algunas millas distante, luego que llegó á sus oidos la noticia de la muerte del P. Odescalchi que le llevó esprofesamente una persona de su confianza, pidió al P. Rector permiso para celebrar él mismo la misa en las exequias que

la Compañía, segun su costumbre, habia de hacer dignas de tan grande hombre, á quien él reverenciaba como á un santo, y amaba como á un padre, y de quien pocos años antes habia recibido en Roma, como vicario de Su Santidad, la imposicion de manos en su consagracion episcopal. La apertura que se hizo del cadáver y estraccion de las entrañas, dió lugar á nueva edificacion, porque se hallaron los pulmones, y mas el derecho, deteriorados y consumidos, y el hígado hinchado, endurecido y con cincuenta y siete cálculos de diversos tamaños, y de la figura mas ó menos exacta de un pentaedro piramidal, efecto, segun juicio de los médicos, mas que de un capricho de la naturaleza, de los grandes y continuos esfuerzos para vencerse á sí mismo y sus ímpetus naturales, segun lo habia conseguido, hasta llegar al mas alto grado de propia abnegacion. El dia siguiente por la mañana, 18 de Agosto, se le hicieron al difunto las exequias acostumbradas por la Compañía, ni mas ni menos que á cualquiera sacerdote de la religion; y tan grande fué la concurrencia de los devotos que desde que se abrió la Iglesia se agolparon, que apenas podian los Padres abrirse camino para introducir el cadáver; y fueron innumerables las medallas, rosarios, santas imágenes y crucifijos, que con intento de conservarlos como reliquias, fueron en este y el siguiente dia presentados por los devotos para que fuesen tocados al cuerpo del difunto. A la hora conveniente, despues de salir casi por fuerza toda aquella multitud, que agolpada junto al féretro no se saciaba de contemplar al siervo de Dios, cuyo semblante aun muerto era angélico, se cerró la puerta de la Iglesia, y se depositó en una capilla el cadáver con objeto de hacerle al dia siguiente las solemnes exequias en que

habia solicitado decir la misa el Sr. Obispo, á cuya generosa oferta era preciso condescender. Al dia siguiente, colocado el cadáver, vestido de pontifical, con la mitra en la cabeza, la cruz al cuello, &c. sobre un magestuoso catafalco, en el cual figuraban las insignias correspondientes, y en derredor gran número de hachones sobre sus candelabres, &c., aquel Illmo. Sr., asistido de su venerable capítulo, celebró pontificalmente la misa de *requiem*, y luego las exequias que segun el ceremonial, corresponden á los obispos nuestros, á todo lo cual solo como convidados asistieron los padres de la Compañía. Al principio y fin de la funcion, por disposicion del mismo Illmo. Sr. Obispo, doblaron las campanas de todas las iglesias, contribuyendo sin duda esta circunstancia al estraordinario concurso del pueblo. Cuando al medio dia se encerró el cadáver en un arca de plomo, vino á encontrarse que todos los esfuerzos practicados para mantener á una distancia respetuosa la multitud de devotos, no habian sido bastantes para conservarlo ileso, pues le habian consumido los cabellos y las uñas, y le faltaba un pedazo de oreja y algunas de sus vestiduras, que todo aquello habian cercenado para reliquias. Fué depositado en un sepulcro en el cementerio de la comunidad; y dentro del arca de plomo se puso la siguiente inscripcion:

CORPVS. CONDITVM
KAROLI. ODESCALCHI. E. SOC. IESV
SODALIS. PROFESSI
HIC. NONIS. DECEMBRIS. ANNO. MDCCCXXXVIII
IN. HOC. MVTINENSI. COLLEGIO
QVOD. TAMDIV. FRVSTRA. OPTAVERAT
VOTIS. QVE. OMNIBVS. EXPETIERAT
INDVLGENTIA. GREGORII. XVI. P. M. TANDEM. PERFECIT
SCILICET. VT. PVRPVRAE. HONORE
PONTIFICATV. SABINO. VICARIA. IN. VRBE. POTESTATE
MAGISTERIO. QVE. IBIDEM. MELITENSI. SE. ABDICANS
SOCIETATI. IESV. NOMEN. DARET
EX. HOC. EODEM. COLLEGIO. QVO. VERONA. CONCESSERAT
RECIPERANDAE. SALVTIS. CAVSA
PAVLO. POST. AD. SEDES. CAELESTIVM
PLACIDISSIMO. EXITV. EVOLAVIT
XVI. KALENDAS. SEPTEMBR. ANNO. MDCCCXLI
ANNOS. AGENS. LV. MENSES. V. DIES. XII

HAVE. HAVE
SODALIS. ET. PARENS. SANCTISSIME
QVAE. TE. E. SINV. MATRIS. EXCEPTVM
ALVERVNT. IN. VITA
ET. HVC. VSQVE. SEQVVTAE. SVNT
INNOCENTIA. RELIGIO. PIETAS
MIRVS. ERGA. GENITRICEM. DEI. AMOR
ANIMARVM. STVDIVM. INGENS
TVI. CONTEMPTVS. INSIGNIS
EFFVSA. IN. OMNES. CARITAS
PROPOSITIQVE. TENAX. CONSTANTIA
QVANTVM. TVI. NOBIS. SOCIETATI. QVE. VNIVERSAE
DESIDERIVM. RELIQVERE
QVAE. TE. TVA. QVE. AVCTA. VIRTVTE
INCOLVMEM. DIVTIVS. PRAESENTEM. QVE
OPTABAT. SIBI

CAPITULO VIII.

Grande estimacion que todos hacian del P. Odescalchi.

Cuanta fuese la estima que de los méritos y santidad del P. Odescalchi, hacian todos los que le conocieron, trataron, ó siquiera oyeron hablar de él, segun consta de testimonios los mas selectos y autorizados, seria nunca acabar si con referencia á ellos y citándolos todos, hubiésemos de ponderarlo. Y como me he propuesto la brevedad al escribir esta memoria, me limitaré á referir algunos que escogeré de entre varias clases de personas; á cuyo propósito me mueve tambien la consideracion de que la virtud, aun cuando las alabanzas le faltaran, no tiene de ellas necesidad, pues que ella por sí sola se recomienda por medio de sus obras. Así es, que para no estenderme mas allá de lo que me tengo propuesto; dejando al cuidado de quien estensamente y por entero se proponga escribir la vida del siervo de Dios, el referir los ilustres testimonios de estimacion y amor con que le honraron los sumos Pontífices Pio VII, Leon XII y Pio VIII, de gloriosa memoria, y el sin número de otros que le tributaron los eminentísimos Cardenales, y toda clase de personas que le conocieron y trataron en el siglo, me ceñiré á contar, entre los que clara y verdaderamente me recuerda la memoria, el muy solemne que le dió el sumo Pontífice que felizmente reina, Gregorio XVI, en su alocucion al consistorio secreto de 30 de Noviembre de 1838, de que hablamos en el capítulo primero. Fué, pues, el caso, que Su Santidad, despues de manifestar al augusto congreso de los eminen-

tísimos Cardenales, primero el objeto con que se les habia convocado, y luego su determinacion de dar por fin oidos á las incansables súplicas y vehementes deseos del Cardenal Odescalchi, prosiguió con estas palabras, que trasladadas del latin á la lengua vulgar, dicen así: "En verdad que es bien patente, y no ignorais cuánta sea hácia su persona nuestra benevolencia y la estimacion que hacemos de su capacidad, su candor, suavidad de modales, austeridad consigo mismo, benignidad para con los demas, ardiente caridad para con los necesitados, y en una palabra, de la irreprensible conducta de toda su vida, digna por cierto de un hombre colocado en excelso grado en la gerarquía eclesiástica; de modo que no debe causar maravilla si ha sido reputado como un preclaro ornamento de vuestra órden, &c." Hasta aquí el sumo Pontífice Gregorio XVI.—Monseñor José Grasser, Obispo de Verona, de siempre gratísimo recuerdo, á quien debe en mucha parte la Compañía su restablecimiento en aquel reino, no solia apellidar al P. Odescalchi con otro nombre, sino el de santo. Siempre que de él hablaba, lágrimas de ternura y compuncion salian á revelar lo que de él sentia dentro del corazon; y cuando con cualquiera objeto mandaba á alguno de los suyos al noviciado por algun asunto: "pedid, pues, le decia, á mi San Cárlos que me bendiga desde su celda, ya tengo hecha la intencion de recibir su bendicion. Del mismo modo Su Eminencia el Cardenal Patriarca de Venecia, hablaba de él como de un santo, y reputaba el abandono que del mundo habia hecho, digno de referirse como estraordinario en la historia eclesiástica. Lo mismo decia Monseñor el Obispo de Mántua; y no habia desmostra-

ciones de amor, reverencia y honor de que no usase cuando el siervo de Dios, de tránsito para sus misiones, solia pasar por aquella ciudad; empeñándose el Sr. Obispo, siempre que tal acontecia, en darle albergue en su propio palacio. Monseñor el conde Benedicto Solicaldi, Obispo de Faenza fué el primero que con ardientes instancias tomó empeño en que fuese á dirigir los ejercicios espirituales de su clero y pueblo, porque era muy alto el concepto en que tenia al P. Odescalchi, y proporcionado el fruto que esperaba de la predicacion de tan santo varon. Aunque despues faltó la vida al P. Odescalchi para concluir aquella santa obra, no por eso el Sr. Obispo se mostró menos obsequioso y agradecido, pues le hizo solemnísimos funerales en la Iglesia de nuestro Colegio, celebrando él mismo en persona la misa, haciendo los obsequios y pronunciando una oracion fúnebre, que despues dió á la prensa, para contribuir en cuanto podia á que nadie ignorase que la gracia Divina, con el mismo brillo que en mejores tiempos, habia ahora resplandecido en su siervo. Monseñor el Obispo de Ragusa, á su tránsito por Verona, quiso verlo, y tuvo con él largas conversaciones; y tan cautivado y admirado quedó de la virtud del santo varon, que con mucha seriedad dijo al P. Rector estas precisas palabras: "Es menester que la Compañía se prepare para impetrar la beatificacion." Monseñor el Obispo de Fano, habiendo obtenido de un pasagero la imágen que llevaba consigo de Ntra. Sra. de los Dolores, que el P. Odescalchi tuvo junto á su lecho durante su última enfermedad, no contento con haberle dado las mas espresivas gracias, todavía le escribió á Roma una carta muy oficiosa, acompañándosela con un busto de plata y de labor muy esqui-

sita, del Pontífice Pio VII, de feliz recordacion, diciendole que exigia alguna muestra de gratitud el don inestimable de la Dolorosa que de él habia logrado obtener. Su Magestad Apostólica, el Emperador de Austria, y su muy Augusta esposa la Emperatriz, que le estimaban y veneraban como á un santo, le encargaban con las mas vivas instancias, que los encomendase siempre á Dios en sus oraciones. Su A. R. la Duquesa de Parma, tuvo particular deseo de tenerlo por director espiritual, y siempre que de él hablaba, era tambien apellidándole santo. S. E. el Conde de Orly, ministro de S. M. el Rey de Baviera, cerca de la corte de Cerdeña, vino exprofeso hasta Verona para reverenciarle; y cuando llegó á verle, en presencia de otros padres, se le echó á los piés de rodillas: y despues de besárselos, llorando y con las manos juntas á guisa de suplicante, permaneció así durante un rato. El Exmo. Sr. D. Pedro Abertini, noble fundador del noviciado de Verona, confesaba de sí mismo, cosa por otra parte que á otros muchos acontecia que con solo verlo, cada y cuando lo lograba, sentia movérsele como por oculta fuerza, el corazon á la virtud, y el alma á la alegría. Con mucha frecuencia se recibian súplicas verbales, ó por escrito, de los que ansiaban conseguir siquiera una firma ó apunte de su letra, ó cualquiera cosilla que hubiese usado para conservarla como reliquia, lo mismo que si ya estuviese canonizado; y todavía á la hora presente estos mismos pedidos van creciendo en número, así de personas muy respetables, como de comunidades enteras religiosas. Observóse varias ocasiones que cuando subia ó bajaba del púlpito, algunas personas, junto á las que pasaba, le besaban el hábito, y otras se hin-

caban á su paso. El Sr. Pedro de Stefani, de la fortaleza de Legnago, conocidísimo dentro y fuera de su patria por su estraordinaria beneficencia en favor de los pobres, despues que logró hacerse de un *Horario para los santos ejercicios*, escrito del puño del P. Odescalchi, lo colocó dentro de un hermoso relicario bajo de dobles vidrios; y á los que lo mostraba solia decir: "Hé aquí la mejor alhaja de mi casa. Tanto la aprecio, que no la cederia á trueque de todo el oro del mundo; y este será el objeto mas precioso que dejaré en herencia á mis hijos." Pero para ilustracion y mas cumplida prueba del tema sobre que vamos discurriendo, no me parece deber dejar en silencio dos acontecimientos que constan en la memoria del padre novicio ya citado, y que copiaré á la letra. "Así que se acabaron, dice, los ejercicios espirituales del venerable Seminario episcopal de Cremona, la víspera de nuestra partida, el R. P. Rector del mismo Seminario, destinó á uno de los criados de la casa para que sirviéndonos de guia nos llevase al palacio episcopal, al hospital de los *Hermanos de la Beneficencia*, &c. &c.; en una palabra, á las partes á donde por necesidad ó conveniencia teniamos que hacer visitas. Causóme estrañeza el advertir que nos llevaba por calles y lugares poco frecuentados, y se aumentó esta cuando haciéndonos entrar por una puertecilla de humilde apariencia que conducia á una habitacion correspondiente, despues que se hubo descubierto, Padre.... dijo, Excelencia.... Eminencia.... esta es mi casa, y en ella habitan mi muger y cinco hijos mios pequeñuelos: pues que sois tan bueno, os pido me hagais la caridad de subir y echar á toda mi familia vuestra santa bendicion. A tan inesperada sorpresa, y al oir tales palabras pronunciadas con aquella

conmocion elocuente que se conoce sale del corazon, y no consiste en solo vanas palabras, yo no pude contener las lágrimas; y el P. Odescalchi al mismo tiempo, con dulce sonrisa, "*con mucho gusto*, respondióle: *vaos*." Y luego se siguió otra escena muy patética. Reunió el buen criado á toda su familia, inclusa en brazos de la madre, una criatura de pocos meses que era el mas tierno de sus hijos; los hizo poner de rodillas, y con los ojos llenos de lágrimas, mostrándoles al P. Odescalchi: "Mirad, les dijo, á aquel de quien tantas veces os he hablado, y que ahora viene para echar su bendicion á toda la familia: ea pues, recibidla con entera devocion." Entonces el siervo de Dios los bendijo con grande afecto, repitiendo tres ó cuatro veces, Dios os bendiga, Dios os bendiga; y en seguida, despues de varias palabras de consuelo espiritual, quiso saber el nombre de cada uno de aquellos niños, que lo rodeaban haciéndole fiestas y besándole la mano y el vestido; y á todos les recomendó que fuesen buenos y obedientes."—Hasta aquí el texto. Despues de otras varias cosas, prosigue así á referir el otro caso que con el anterior tiene bastante semejanza. "El cochero que despues de dichos ejercicios nos condujo de Crémona á Verona, luego que supo, no sé por quien, que llevaba en su coche al P. Odescalchi, quién era y habia sido, me dió que ver durante el camino. Si apartaba su atencion de los caballos, era para fijarla dentro del carruaje: observaba, meditaba y lloraba: á cada paso detenia los caballos, y se acercaba á la portezuela á preguntar si de algo habiamos menester, con intento, á mi entender, mas que de otra cosa, de observar de cerca y conversar con el santo varon, revestido en su imagina-

cion con los arreos de una cosa estraordinaria y sobrenatural. Y no satisfecho con esto el corazon de aquel buen cochero, al llegar á las cercanías de Verona, detuvo el carruaje, y con la cabeza descubierta, arrancando un profundo suspiro, "¡Ah Santo Padre! esclamó, antes de que yo lo deje debe darme su bendicion. Si me bendice.... si me bendice, tengo por seguro que el Señor me librará de desgracias, y nos conservará sanos á mí y á mis béstias, para que yo pueda ganar el pan y sustento de mi familia." El Padre le bendijo, y con la suave uncion que siempre acompañaba á sus palabras, le exhortó á que pusiese su confianza en el Señor."—Hasta aquí el citado padre.

Y para no ir mas allá de los límites de la brevedad que tengo en propósito, daré fin al presente capítulo, con un acontecimiento que bien merece ser recordado con especialidad, tanto por ser una prueba relevante del tema que estamos ilustrando, cuanto porque servirá al mismo tiempo para satisfacer en cierta manera, á un deber de gratitud. Dijimos al fin del capítulo primero, que el P. Rector del Colegio de Módena, acompañó al P. Odescalchi al noviciado de Verona. Dicho Padre, luego de su regreso á Módena, se presentó al Duque, que felizmente reina, Francisco IV, para cumplir la comision que el P. Odescalchi le habia dado de presentar á aquella A. R. sus humildes respetos, y le reiterase su agradecimiento por los favores y benévola acogida con que pocos dias antes, cuando aun era Cardenal, le habia honrado. Semejante visita no podia menos de ser muy grata á S. A. R., tan deseoso de recibir noticia del viage y llegada á Verona de aquel hombre á quien por su heroico aban-

dono de las grandezas del mundo, tenia ya calificado de hombre singular, prodigio de virtud en nuestro siglo, y en fin, de un santo. Pero al saber la estrechez de aquel naciente noviciado, así en su localidad como en recursos, bastantes apenas para la manutencion de cosa de veinte novicios; reflexionando que aun aquel mismo ejemplo que acababa de dar el P. Odescalchi, atraeria luego nuevos solicitantes para entrar en aquella santa casa; en el acto mismo concibió y resolvió dentro de sí propio, el proyecto de aumentarla y proporcionarle lo suficiente para la manutencion hasta de sesenta novicios. Y ya en el próximo Marzo de 1839, al comenzar de la primavera, se ponian los cimientos de la fábrica sólida y magestuosa, que concluyó á los dos años, y servirá de monumento eterno, á un mismo tiempo, del amor nada estéril de aquel Príncipe á la Compañía, y de la estimacion en que tenia al P. Odescalchi.

CAPITULO IX.

Su humildad y desprecio de sí mismo.

Me he reservado para estos últimos capítulos, el hablar mas especialmente de las virtudes del P. Odescalchi, con el objeto de que no quedasen confundidas, por decirlo así, entre la anterior narracion; sino que llamando sobre ellas la atencion, se saque mas provecho de la lectura de este breve relato de su vida religiosa; y dando principio, comenzaré por la humildad, que como raiz, fundamento y madre de todas las virtudes, fué tambien su predilecta, característica y constante compañera.

El generoso impulso que trajo al P. Odescalchi á la Compañía, tan de raiz y por entero le arrancó del mundo, dejando en él hasta la memoria de lo que habia sido y tenido, que desde su entrada hasta su muerte, no pareció sino que nunca habia sido mas de un pobre y humilde pecador, convertido por amor de Jesucristo á la religion. Despues, jamas ninguno de los que lo trataron oyó de su boca la mas mínima espresion que denotase un recuerdo ó alusion á la nobleza de su familia tan principal, ni á las dignidades y públicos honores que por el espacio de mas de veinte años, habia obtenido recorriendo los diversos grados de la gerarquía esclesiástica. Y si alguna vez hablaba de algun pariente suyo, era para recomendarlo á otro en sus oraciones, y sin hablar del deudo que le ligaba, porque el amor á los suyos habia venido á ser puramente espiritual, para desearles el bien de sus almas. Si tal vez alguno con particular estudio, le promovia conversacion sobre los honores ó puestos que en el siglo habia tenido, nunca de él oyó la mas mínima palabra que oliese á vanagloria; bien al contrario, el resultado era siempre el de verse obligado á admirar su profunda humildad. La mañana siguiente á su entrada en el noviciado, estuvo á visitar al Sr. Obispo; y el maestro de cámara, para anunciarle, dijo: "Monseñor Reverendísimo, aquí está su Eminencia el Cardenal Odescalchi." Pero él, luego interrumpió con dulce sonrisa, diciendo: "Ya no soy Cardenal." Discurria un dia con él un sacerdote novicio, sobre un acontecimiento ocurrido, no mucho antes, en una ciudad del territorio de Venecia. En tanto que en la relacion solo se hacia mérito de otros personages que habian tenido parte, el P. Odescalchi pres-

tó toda su atencion; pero en llegando á hablar del Sumo Pontífice y de él mismo, porque ambos habian tenido mucha parte en el caso que se referia, se hizo del disimulado, y no impuesto, y esto con tan ingeniosa humildad, que en la opinion del padre novicio quedó por un estúpido. Un dia que tropezó con él el cirujano del convento, creido de que le hacia un cumplimiento, comenzó á alabarle por el acto heroico que habia hecho en abandonar las grandezas humanas; pero se quedó sin mas respuesta que la confusion que hubo de producir en nuestro santo varon, cuyos colores hizo salir á la cara, hasta que con suma cortesía se despidió, dejándole admirado de su humildad. En otra ocasion, conversando con un hermano estudiante, alababa la entrada de un personage en la religion, y ponderaba el premio que en el cielo habria recibido correspondiente á tan gran sacrificio. "Si tan gran premio, replicó el estudiante, mereció esa persona, V. R. que para entrar en la religion ha tenido que..." y proseguia á sacar la consecuencia; pero no llegó á hacerlo, porque el P. Odescalchi viéndola venir, le interrumpió, diciendo: "Hermano mio, yo he dejado las amarguras para venir á gustar las dulzuras." De la misma suerte, en oyendo decir á un padre al principio de su noviciado, que su ingreso en la Compañía habia dado que admirar al mundo, segun el decir de todos; "Pues en mi resolucion, contestó, no veo nada de particular, y lo que en verdad sorprende, es esa admiracion del mundo." Ademas, nunca, ni una sola vez, pidió á los superiores licencia para salir de casa, porque se le hacia duro á su humildad, ser el blanco de tantos honores, distinciones y obsequios, segun sabia por propia esperiencia que solia sucederle cuando por obedecer á los superiores salia del con-

vento. Aun en sus viages, cuidaba mucho de no darse á conocer; y en los lugares por donde pasaba, ocultaba su nombre para sustraerse de tales importunidades; y como se viese una vez en cierta ciudad descubierto, y sabedor de que los principales vecinos querian hacerle una visita de ceremonia, salióse del lugar con sumo secreto, mucho antes de la hora señalada. Tan grande como era el empeño con que huia todos los lances en que temia le tributasen honores y obsequios, no era menor aquel con que abrazaba todas las ocasiones que podian proporcionarle la propia humillacion; de lo que dan testimonio, á mas de los hechos referidos, los siguientes, que en pro de la brevedad, referiré en pocas palabras. Varias veces los superiores le nombraron compañero de los padres novicios, que en los domingos y fiestas de precepto, se destinaban á enseñar la doctrina cristiana en las iglesias urbanas de S. Lúcas y S. Bernardino; y él siempre recibia en esto sumo gusto; y era cosa entonces para confundirse, ver en una parte al padre novicio desde el púlpito, con un catecismo razonado enseñando al pueblo; al estudiante en una capilla, en segundo órden, por decirlo así, enseñando á una numerosa juventud; y en último lugar, en un rincon de la iglesia, al P. Odescalchi (aun despues de profeso) sentado en un banco, con el pequeño catecismo de Belarmino en la mano, enseñando á traviesos chiquillos, los primeros rudimentos de nuestra santa fé. Es costumbre exigirles en nuestra Compañía, á los padres que han de salir á fuera á rezar, predicar, ó cosa semejante, que primero dén en el refectorio prueba, ó mejor dicho, un ensayo ó muestra de aquello mismo que han de hacer en público. Por este esperimento, y al mismo tiempo

humillacion, quiso siempre pasar el P. Odescalchi cuantas veces tuvo que impetrar la venia de los superiores. Y éstos, algunas ocasiones, sin mas intento que el de aumentarle la corona de sus humillaciones añadiéndole otra, le mandaban á su celda á los novicios para corregirle los defectos que en la declamacion ó sustancia de sus discursos se le habian notado; pero él humildemente recibia estas correcciones, daba por ellas las gracias, y prometia la enmienda. Impetró tambien repetidas veces, que desde el púlpito se le leyese una invectiva ó sátira; y así se hizo precisamente, una ocasion porque habia manchado la servilleta; en otra porque no se habia apresurado á pasar la aceitera á su vecino; y así siempre, por cosas muy pequeñas, que ni aun visos tenian de culpables faltas. Llegó por fin al estremo de suplicar con reiteradas instancias al P. Maestro de novicios, que le destinase á aquellos oficios mas viles que causan natural repugnancia; pero esto sí, no pudo obtenerlo. En Castiglione y en Crémona, cuando los ejercicios espirituales de las sagradas Vírgenes de Jesus y su Santísima Madre, dejada la sobrepelliz, quiso servir las misas de los padres sus compañeros; y uno de ellos refiere la edificacion y admiracion que esto causó á todos los circunstantes, como cosa nunca hasta entonces vista; y otro de los mismos padres cuenta, que las sagradas vírgenes de Castiglione, no podian contener las lágrimas de compuncion que les arrancaba aquel acto, que si bien en su esencia nada tiene de humillante, antes bien es honrosísimo; á causa de nuestra humana miseria (que á cada cual ha sobrado ocasion para conocer), supone en el calificado personage que lo ejercia, una buena dosis de humildad. Monseñor el Obispo Grasser, cu-

yo recuerdo siempre es grato, habia pasado diez dias enteros en los santos ejercicios de nuestro noviciado de Verona, bajo la direccion del P. Odescalchi. Cuando ya estaba á punto de despedirse, vinieron á él todos los novicios por órden del superior, á besarle la mano y pedirle la bendicion. El P. Odescalchi, que se hallaba presente, se hincó en medio de ellos esperando tambien en actitud humilde y devota la bendicion; pero aquí hubo entre ambos, el P. Odescalchi y Monseñor, contienda de humildad, que duró no poco; si bien al fin tuvo el último, aunque con repugnancia, que ceder á las súplicas y humildad del primero. A esta misma virtud del siervo de Dios, debe atribuirse el gran cuidado que tenia de no causar molestia ó disgusto á nadie, de reconocerse inferior á todos, y de posponer su voluntad á la de los demas. Si sucedia que al ocurrir por la colacion, no encontraba al hermano que corria con ella, lo buscaba; mas si por acaso advertia que estaba en el refectorio tomando alimento, no lo interrumpia, sino que lo esperaba en la puerta. Cuando andaba fuera del convento, ocupado en cosas de su ministerio, nunca, ni aun en cosa muy obvia ó pequeña, tomó resolucion sin consultar el parecer de su compañero, por mas que fuese novicio y de juvenil esperiencia. En el campo, causaba admiracion verle siempre en medio de los novicios, tratándolos con gran llaneza y afabilidad, contestando á las preguntas que todos ellos á porfia le dirigian, y, en una palabra, entregado enteramente á discrecion y voluntad de ellos, ya quisiesen estar dentro de casa, ya pasearse, andar, sentarse á la sombra, ó cualquiera otra cosa que á las mientes les venia. Una mañana que se alejaron mas de lo ordina-

rio para ver la iglesia de una aldea de las inmediaciones, temeroso el superior de que se cansase sin provecho, le mandó á su encuentro una cabalgadura para que viniese montado. El P. Odescalchi, aunque protestó que no la necesitaba, puesto que no sentia cansancio, todavía por acceder á las instancias de los novicios, se resolvió á montar; pero era el caso, que ya porque la bestia fuese de suyo reacia, ó porque le hiciese novedad verse entre aquella estudiantina, dió en no querer moverse ni andar camino adelante. Fuerza hubo de ser que uno la tirase de la brida y otro la arrease, atrayendo luego este espectáculo gran número de curiosos. El P. Odescalchi no trató de apearse, sino al contrario, de ejercitar la virtud de la humildad, caminando con aquel ridículo aparato con grande gusto, semblante placentero y grande edificacion de los novicios. Ademas, manifestó un afan maravilloso y nunca interrumpido, en aprovecharse de cualquiera cosa que le aconteciera, sacando de ella argumentos y razones para humillarse, posponerse á los demas, y parecer á los ojos de todos vil y despreciable. A los principios de su noviciado, conversando con un padre novicio sobre el mes de ejercicios que estaba próximo, le dijo este, que esperaba durante él conseguir gran perfeccion de espíritu; á lo que contestó el P. Odescalchi todo confuso, y con muestras de sentirlo así de veras: "Yo me conformaria con mi verdadera conversion." Una vez que estaba medio enfermo en Módena, fijando la vista con benignidad sobre dos de los nuestros que tenia junto á sí: "Bienaventurados vosotros, les dijo, que entrásteis en la Compañía todavía jóvenes; y no yo, pobre de mí, que entré ya viejo, y lo que mas es pecador y muy pecador." Sentado una vez

en el campo, rodeado de novicios, uno de ellos que vió andar un hormigon por el vestido del P. Odescalchi, le dijo: "Permita V. R. que le quite de encima este bicho.—No hermano, le contestó, no os incomodeis; dejadlo estar, que pega muy bien un bicho sobre otro." Cuando nuestro Padre estuvo en la ciudad de Crémona, á dirigir los ejercicios tantas veces mencionados, de las sagradas vírgenes de María Santísima, uno de los primeros cuidados de la Madre superiora fué el brindarle con el *leño* (que así se nombran las carrozas vulgarmente en Lombardia), para que en las horas desocupadas pudiese tomar algun desahogo paseándose á su placer; pero él contestó al momento: "sí, me conviene el leño, mas no el que me ofreceis, sino uno sobre los hombros." Afirmó una vez á todos, al tiempo del comun recreo, que por órden del P. Rector todas las mañanas estudiaba el *canto llano;* pero que por mas que se fatigaba no lograba metérselo en la cabeza. Despues, siempre repetia, y mas durante su enfermedad, que era para la órden un peso inútil, un come-pan sin trabajo; que la Compañía habia hecho en él la adquisicion de una carreta vieja; y que solo por puro favor y compasion le habia admitido en el número de sus hijos. A este propósito, copiaré literalmente un hermoso pasage del mismo padre novicio, tantas veces ya citado. "A nuestro regreso para Verona, dice, despues de los ejercicios del Seminario de Crémona, dije al P. Odescalchi que segun varias cosas que en Crémona habia observado, creia que en Bozzolo (pueblo considerable entre Crémona y Verona), en donde debiamos hacer alto para comer, tendria S. R. una solemne visita de ceremonia: "Confiemos que no, me contestó; pero si tal acaeciere, preguntará vd. si me bus-

can á mí, agregando si así fuere, la hermosa alimaña está aquí dentro; y el que quiera verla ha de pagar la entrada." Y luego, despues de breve pausa, añadió: "yo no sé á qué propósito ocurre á tantos la curiosidad de verme... ni tampoco puedo comprender qué gusto pueden recibir en mirarme y remirarme.... Ni aun falta quienes vayan al noviciado, unos á verme y otros á visitarme. Debiera el P. Rector, segun ya se lo he propuesto, poner en esto algun coto, haciendo fijar así un anuncio á la puerta:—Sépase que aquí está la bella alimaña; y que quien quiera verla deberá pagar á tanto la entrada.—De esta manera quizá daria yo algun provecho al noviciado, que tiene tantos gastos."

Agrégase á todo esto, que la humildad del P. Odescalchi y el desprecio de sí mismo, en sentir de sus superiores que tan bien le conocian, eran tan estremados, que para no apartarse de los términos de una racional discrecion, necesitaba nada menos que de todo el freno de la santa obediencia, sin cuyo remedio hubieran sin duda reproducídose por este santo hombre, aquellos actos públicos y heroicos de humildad, que se cuentan en la vida de nuestro santo fundador y de otros piadosos varones.

CAPITULO X.

Su penitencia.

Añadiré aquí lo que me queda aun por referir, sobre lo ya espuesto acerca de la mortificacion del P. Odescalchi. Ni se crea que pretendo dar de ella una idea bastante exacta y

adecuada: porque si se trata de la mortificacion esterior, nunca pudo arreglarla á sus deseos, sujeto siempre á los límites que por santa obediencia le eran prescritos; y si de la interior, claro está que siendo una cosa que pasa allá dentro del espíritu, mal podria medirse sino muy imperfectamente, en vista de aquello poco que se puede traslucir. Esto asentado, cual lo exije la imparcialidad, hablaré primero de su mortificacion exterior. Todos los sábados, y vigilias de la Santísima Vírgen, ayunaba con mucho rigor: pero ademas, era cosa de todos los dias no tomar sino muy pequeña parte del necesario alimento, y muchas veces lo devolvia intacto; y para disimularlo solia esconder parte bajo la yerba ú otra cosa que pudiese ocultarlo. Fruta solo la comia los dias de ayuno; y las legumbres, como venian de la cocina; sin condimento de aceite ni queso. Con grande alegría sobrellevaba la incomodidad del rigoroso invierno de la Lombardía, que no era poco hacer para un temperamento tan delicado como el suyo, y acostumbrado ademas al suave clima de Roma; de modo que se le veia todo entumido y temblando de pies á cabeza. En el verano, en medio de lo mas rigoroso del calor, no aceptaba ni una gota de agua para refrescarse. Siempre que tenia que predicar ó hablar en público, se abstenia de tomar, antes y despues de hacerlo, algun alimento ó bebida para confortar el estómago. Muy raras veces se le vió salir á pasearse y respirar el aire libre de un jardin; y dentro desu celda no parecia sino que de intento se procuraba toda clase de incomodidad para tener de continuo ocasiones de padecer y mortificarse. De aquí nacia el mantenerse de ordinario en pie, sobre todo en el estío, cuando está el cuerpo mas

lánguido: de aquí el no moverse cuando la luz del sol venia directamente á herirle en la cabeza, y el contestar que eso no le causaba molestia, si alguno le advertia que se apartase. De aquí el no apoyarse sobre el espaldar de la silla cuando estaba sentado, segun de él se observó donde quiera que iba. Sobre la incómoda postura en que acostumbraba hacer su oracion y exámen, el citado padre, que era visitador de novicios, habla así: "Cada vez que abrí aquella bendita puerta, ví al santo hombre arrodillado en el suelo, casi en el medio de la pieza, sin ningun apoyo ú descanso; y solo al principio del invierno de 1840, le ví algunas veces apoyado con las manos ó la cabeza sobre el genuflectorio: sentado, muy rara vez." Llevaba ceñidos á la carne dos silicios de hierro con puntas agudas, durante dos horas, cuando estaba fuera del convento en ejercicio de su ministerio: cuando estaba dentro, como no estoy cierto si los tenia mas ó menos tiempo, no puedo afirmarlo. Pero sí aseguraré que se disciplinaba de una manera terrible, pues así lo supe de los que vivian inmediatos, y oian el ruido de los azotes. Y si el testimonio de estos nos faltara, nos lo da tambien su misma disciplina, encontrada despues de su muerte, y que se conserva en Módena, en donde puede verse por quien quiera, cuan ensangrentada está. Baste por último decir, que muchos al verlo á veces andar tieso y como embarazado, y que al tiempo de inclinarse á besar el suelo, lo hacia con mucho tiento, tenian por seguro que debajo de sus vestidos debia de ocultar alguna máquina extraordinaria de penitencia.

En cuanto á la mortificacion interior de la propia voluntad, mucho mas noble que la otra, y de mucha mayor

importancia en el camino de la virtud, con tal empeño y de manera la procuró el P. Odescalchi, que de comun consentimiento de cuantos con él vivieron y tuvieron ocasion de observarle atentamente, llegó á conseguir en ella un grado bastante alto de perfeccion. Ni cabe en este punto lugar á duda, puesto que aquel su intenso y continuo cuidado en la observancia, no diré ya de la regla, pero hasta de los usos mas insignificantes del noviciado, segun hemos visto; aquel estar siempre ojo alerta buscando ocasiones para combatir, ó mas bien sofocar de todo punto el amor propio y mundano; aquel ceder siempre y preferir á la propia voluntad la agena; aquella inalterable compostura y tranquilidad de ánimo, y aquel aspecto tan sereno en medio de la contrariedad de los acontecimientos, en un hombre, por otra parte, de constitucion ardiente é impresionable, y que habia entrado en la religion á la edad de cincuenta y dos años, pasados, aunque muy santamente, entre habitudes muy diversas de las de los hijos de la Compañía; son pruebas de una muy perfecta mortificacion interna, que no parece posible alegarlos de mayor peso. De modo que para concluir, solo añadiré un hecho. Hácia el fin de Octubre de 1840, á consecuencia de las reiteradas súplicas hechas á los superiores, mandaron al P. Odescalchi desde Verona á un lugar de las inmediaciones, á dirigir los ejercicios espirituales de San Ignacio. Despues que los hubo acabado con zelo infatigable, é incalculable provecho de las almas, en la madrugada que debia regresar le hicieron subir á un pobre carruaje muy destrozado y todo abierto á la intemperie, la cual en Lombardía, entrado ya Noviembre, y sobre todo á ciertas horas, es sumamente rígida. Pero el santo hombre no solo no dijo

una sola palabra que manifestase resentimiento por aquella descortesía, sino que ni aun quiso decir nada á fin de procurar remedio; y con el semblante muy risueño, y como si recibiese de Dios, en premio de los sudores de su mision, aquella ocasion de padecer, hizo uso del carruaje tal como estaba, dando por él gracias sinceras. Por fortuna, despues de tres horas de viage fué Dios servido de depararle el encuentro de un señor conocido suyo y muy caritativo, que así como le hubo visto todo arrecido y medio muerto, le obligó á aceptar un carruaje bien abrigado; que á no ser por esto, habria continuado con la misma inalterable paciencia que hasta aquel punto, dando solemne prueba de su mortificacion interior; á menos de que tan grave padecimiento hubiese dado fin con él agotando sus fuerzas.

CAPITULO XI.

Su perfecta observancia de los tres votos religiosos.

Comenzando en su debido órden, por la pobreza, diré que el P. Odescalchi la observó perfecta, y la amó como á madre, segun el espíritu y la regla de nuestro santo fundador. Desde que puso los pies en el noviciado, no contento con haberse desasido de todas las cosas que podian llamarse de valor ó importancia, quiso privarse aun de las mas pequeñas que del siglo habia traido consigo; y cual un pobre de Jesucristo recogido en la comunidad por caridad, recibir de la Compañía como una limosna, aquellas cosas con que provee en comun á

las necesidades de sus hijos. Y fué tan estremado, que puso en manos del P. Maestro una medallita de plata de la Inmaculada Concepcion, que por largo tiempo habia llevado con devocion al cuello. Y temeroso de no quebrantar la perfecta pobreza, se abstuvo de hacer en adelante uso de ciertas estampas de santos, que viviendo en el siglo le habian servido para señales en el Breviario. Y aquí viene sobremanera á cuento recordar un incidente ocurrido la víspera de tomar el hábito religioso. Le habian llevado éste á su cuarto, y él deseoso de verse cuanto antes en el traje que tanto ansiaba, empezó luego á ponérselo; pero al llegar al calzado lo halló tan estrecho, que de ningun modo le hubiera entrado en los pies, si quitándose los toscos calcetines de estambre, no se hubiese vuelto á colocar las finísimas medias de seda que usaba cuando era Cardenal. No es dable ponderar cuanto disgusto causó al buen Padre esta impensada ocurrencia; porque de ningun modo queria ver ya cerca de sí ninguna cosa del siglo, y desde aquellos primeros momentos huia de conservar aun la mera apariencia de poseer bienes propios. El Padre Maestro de novicios, y otras personas que en aquel caso se hallaron presentes, lo ayudaron en sus inútiles esfuerzos para ponerse el calzado: pero visto que todos eran infructuosos y solo servian para atormentarle los pies sin posibilidad de conseguir el objeto, hubieron de desistir, recomendando al P. Odescalchi que tuviese paciencia y aguantara siquiera durante un dia mas su antiguo calzado. Pero á la mañana siguiente vieron con grande admiracion suya que el P. Odescalchi llevaba puesto aquel mismo estrechísimo calzado, sobre los calcetines de estambre, sin poder compren-

der como lo habia hecho; hasta que él al cabo de algun tiempo se lo confió á un Padre novicio con quien solia desahogar sus mas interiores pensamientos, diciéndole, que se equivocaban si creian que aquello lo habia logrado á esfuerzos de su maña y trabajo, pues era un favor que habia recibido de la Vírgen, á quien aquella misma tarde, cuando ya el P. Maestro y demas circunstantes se habian ido, pidió delante de una imágen suya que lo sacase de su afliccion, hallando despues de dicha oracion, muy fácil y hacedero lo mismo que poco antes á él y á los demas tan dificil ó imposible habia parecido. En cuanto á los vestidos, se ponia los que le daban, sin apreciar mas uno que otro; antes por el contrario, lo peor que habia en la comunidad, era lo que él deseaba y creia que de derecho le debia tocar, siguiendo así el espíritu verdadero de nuestra regla. Y se creyó notar una particular disposicion de la Providencia divina para santificarlo dándole ó concediéndole lo que tanto apetecia, en que no obstante el cuidado de los superiores, no por eso dejó de suceder varias ocasiones que al tiempo del reparto de los vestidos, le tocasen á él aquellos mas á propósito para ejercitar la mortificacion y desprecio de sí mismo. Pero esto, que por seguro hubiera desazonado á quien no hubiese vencido del todo su orgullo, era muy gustoso y de grán consuelo para quien hacia consistir su gloria en la abyeccion y propio envilecimiento, á imitacion de nuestro Señor Jesucristo. El ajuar de su cuarto era el ordinario de todos los novicios; un pobre lecho, dos sillas de paja, una mesita, un reclinatorio, cuatro estampas pegadas á las paredes, y los poquísimos libros de que necesitaba hacer uso. Solo

el candil lo tenia un poco mejor, porque así se lo habian dado; pero lo sobrellevó mal grado escrupulizando hasta en los ápices la observancia de la santa pobreza, y no paró hasta conseguir á fuerza de destreza, cambiarlo por otro candilejo de los que usaban los demas novicios. Los meses en que la oracion de la mañana debe hacerse antes de amanecer, él por acomodarse mejor con la santa pobreza, economizaba el aceite de la lámpara, orando á oscuras. Guardaba los sobrescritos de las cartas que recibia, y el lacre que de ellos arrancaba, le servia despues para sellar las suyas; y fué menester nada menos que la autoridad del superior, para inducirle á servirse de materiales mas acomodados á la dignidad de las personas á quienes escribia. Solia suceder que los ejercitantes á quienes dirigia, le pidiesen algunos pliegos de papel; pero los negaba diciendo, que los pocos que tenia se los habian dado para su uso, y sin licencia no podia enagenarlos. Mas seria nunca acabar si hubiese aquí de referir tantas particularidades como se me acuerdan acerca de la pobreza del P. Odescalchi: fué estremada en todo el rigor de la palabra, y uniforme en todo tiempo y lugar, como ya lo dejo advertido. Sirva por fin de complemento á la materia presente, un pasage, que por lo original de sus circunstancias, copiaré literalmente, con las mismas palabras que lo refiere el padre novicio, tantas veces ya citado. "La mañana, (dice) del dia 4 de Febrero de 1840, me cupo la buena suerte de ir de compañero del P. Odescalchi á Castiglione de la Stiviere, á dar á aquellas sagradas vírgenes durante algunos dias, los ejercicios espirituales de San Ignacio. Cerca del medio dia, y andados dos tercios de las treinta millas que separan á

Verona de Castiglione, mientras descansaban los caballos en una hostería, el P. Odescalchi, que sobre ser mi superior, era tambien procurador del viage, dió órden para que tomásemos algun alimento; pero conforme á ella, solo nos pusieron sobre la mesa cuatro huevos cocidos entre la ceniza, y dos panes, que cada uno por cierto no excedia del peso dos onzas. Preguntóme una y otra vez si con aquello me bastaba, y si no sentia necesidad de mas alimento; á lo que siempre contesté que muy bien lo pasaria con lo servido; pero al mismo tiempo no podia dejar de admirar el espíritu de pobreza de aquel santo hombre. Llegados á Castiglione por la tarde, dos horas antes de anochecer, me habló de la comida, pero para diferirla, si yo en ello no ponia dificultad, hasta despues de las oraciones; en cuyo caso quedándole dos horas disponibles, podria arreglar con la Madre Prelada el repartimiento de las de los ejercicios, y otras cosas á ellos relativas, porque debian principiar la mañana siguiente, y tomar tambien otras disposiciones sobre la casa que acababa de sernos destinada para posada. Yo, á decir verdad, hubiera puesto de muy buena gana dificultad, como que casi en ayunas me sentia desfallecer; pero por lo pronto no hallé como contradecirle, y hube de sujetarme á su gusto; por manera que en aquel dia la comida fué una verdadera cena, sirviendo al mismo tiempo de una y otra cosa. Temeroso de que el de la salida de Castiglione se repitiese el mismo ayuno del de la llegada, me propuse, y así lo puse por obra, hacer al P. Odescalchi algunas reflexiones sobre el particular, y fueron estas: Que me parecia mas conveniente y conforme á nuestra institucion religiosa no pararnos á comer en una hostería

á nuestro regreso, sino prepararnos para satisfacer á la *necesidad en el camino* con alguna friolera de pan que podia solicitar de la Madre Prelada, y la llevariamos nosotros mismos; y por fin que el tiempo que era preciso conceder á las bestias para que descansasen, podiamos bien emplearlo visitando alguna iglesia ó santuario inmediato. Bueno, buenísimo, inmejorable, me contestó tres ó cuatro veces, aprobando del todo mi consejo, ó propuesta si se quiere; pero fué el mal que entendió muy á la letra la palabra friolera de que yo habia usado, con muy distinto propósito ciertamente, en mi favor y suyo. El caso fué, que al tiempo de despedirse le dijo á la Madre Preada: "Quisiera yo pedirle á V. R. una limosna de dos panes, uno para mí y otro para el compañero, á fin de no tener que parar en el camino á comer en una hospedería. ¿Cómo, cómo es eso? replicó al punto aquella señora: que se disponga luego... lo malo es que hoy sea viérnes... pero en fin, dispondremos lo que se pueda.... No, no, repuso el otro, no se moleste de manera alguna: basta con dos panes; dos solos panes nos bastan." La Madre Prelada, sin hacer caso de lo que decia el P. Odescalchi, antes atribuyéndolo á una mera fórmula de cumplimiento, llamó á una hermana de obediencia y le encomendó que luego al punto preparase un canastillo con pan, fruta, queso, dulce y cosas por ese tenor. Entonces el P. Odescalchi le dijo con cierta seriedad: "Madre Prelada, los dos panes he pedido de limosna, y en tal calidad los aceptaria; pero fuera de ellos, otra cosa no. Pero Padre, replicó aquella señora, ¿qué piensa hacer? Solo dos panes, dos *panes solamente*, tendria en dárselos vergüenza.... no podria darme causa de mayor mortificacion..." Pero en su-

ma, no pudo persuadirlo; hasta que viéndose así precisada á poner tan menguados límites á su sincera buena voluntad, mandó alistar dos panes acabados de salir del horno, queriendo siquiera en esto manifestar que ya que no se le admitia otra demostracion de su buen deseo, hasta en aquello poco que se le recibia, indicaba su garbo y cortesía. Salidos de Crémona, como á las dos horas de camino, con un viento harto desagradable, aquejado del apetito, me volví al P. Odescalchi, diciéndole: Padre, ¿no seria bueno que diésemos un asalto á los dos panes? Con mucho gusto, respondióme con viveza, estoy pronto por mi parte. Y así diciendo, lo pusimos luego por obra. Y estando en esto, se me vino, que no pude contenerla, una buena carcajada, y luego estas palabras: ¿qué dirian los Cardenales y Prelados de Roma si así nos viesen hacer tan esquisita colacion? ¡Ah! replicó, V. R. lo dice de ironía, y yo digo muy de veras, que la siento mas esquisita y envidiable que las ricas mesas en que son servidos. Y cierto que debia de ser así, porque fuera de aquellos dos panes no tomamos mas bocado en todo el camino, con lo que el apetito debia ser estremado. Por fortuna en esta vez no fué menester aguardar hasta la noche para comer; de modo que todo sumado, el ayuno no fué tan riguroso como el dia anterior."—Hasta aquí el citado novicio.

Ahora, en cuanto á la castidad, que es otro de los votos religiosos, será una prueba de cuan perfectamente lo observase, el nombre con que de ordinario, mas que con el suyo propio, era denominado, á saber; *Angel encarnado;* y lo mismo acreditan su método de vida, aquella tan severa é inviolable reserva; aquella habitual modestia en el

semblante y compostura en la persona; aquel áspero rigor con que trataba su carne; aquel estar siempre sobre sí para no caer con advertencia en defectos ni aun mínimos; y finalmente, aquella tierna devocion que profesaba á la Vírgen Santísima, Madre de las vírgenes. Cuando se veia obligado á hablar con señoras, por mas que fuesen decrépitas y de cualquiera clase y condicion, se mantenia con los ojos bajos; y luego hallaba pretesto de desprenderse, aunque de modo de no faltar nunca á la caridad. Y tan á pechos llevaba todo lo tocante á la modestia, que aun en su última enfermedad en que hubo de necesitar la asistencia y ayuda de otras manos, procuró siempre valerse de las suyas; pero si le advertia el hermano enfermero, que la necesidad lo exigia de otra suerte, él se apresuraba luego á obedecer; pero siempre con aquella delicadeza y cautela tan característica de los amantes de la virtud angelical.

Por último, su obediencia fué del todo perfecta (segun los tres distintos grados de nuestro santo fundador), aun en las cosas mas pequeñas; y en todo el tiempo que vivió en la Compañía, no se halló una sola persona que sobre dicho particular le hubiese notado la mas ligera falta. Y esto era debido á la firme idea que siempre tuvo de que los superiores son los representantes de Dios, y de que los que viven bajo obediencia, deben dejarse regir y gobernar por la Providencia por conducto de los superiores, así como un cuerpo muerto que se deja volver hácia cualquiera parte, ó como un baston que se presta al gusto y voluntad de quien lo lleva en mano. La mas pequeña señal, la mas mínima demostracion de la voluntad del superior, le bastaba para emprender luego al punto ó

abandonar cualquiera cosa. Un dia que debia salir á predicar acerca de los Dolores de María Santísima, le recomendó el superior que procurase estar en casa de regreso para antes de comer. Llegado que hubo á la Iglesia, é impuesto de que tendria que predicar mas tarde de lo que se habia imaginado, trató luego de ordenar su discurso, de manera que cercenándole de acá y de allá, el tiempo que habia de perder en esperar lo recobrase con la brevedad; pero cuando hubo comenzado, el fervor lo fué alargando, hasta que salió sin advertirlo de los límites que antes se habia prescrito, causándole luego esto grave pesadumbre, porque temia no haber cumplido de esa manera con el encargo del superior. Los estudiantes debian confesarse con él á cierta hora, que se halló ser muy incómoda para el P. Odescalchi; mas no bien hubo entendido que habia sido señalada por los superiores, cuando no solo consintió en ella, sino que no quiso permitir que se cambiase. Estando cierto dia en el campo, le suplicaron los novicios que hiciese por obtenerles del superior licencia para comulgar la mañana siguiente: así se lo prometió, y de hecho, al tiempo del recreo del medio dia se lo propuso al superior, con su modestia y sencillez habitual pintada en el semblante. El superior, aunque no contestaba, en su modo y aire mostraba poca inclinacion á concederlo; y aunque notó este silencio, no quiso volver á instar, ni decir una palabra sobre el asunto, por mas que los novicios con santo celo le importunaban. Una tarde de dia de ayuno le trajeron dos huevos, que él rechazó con una especie de horror, diciendo que no los necesitaba; pero como le replicase el novicio á quien daba el recado, "sírvase tomarlos" conociendo por estas pala-

bras que intervenia órden del superior, sin mas vacilar los tomó. De su sistema de identificar al superior con Dios, provenia no solo su obediencia ciega á aquel, sino tambien su humildad y el respeto que le guardaba. Ysucedia que si algun forastero le entregaba algunas cartas en presencia del superior, se las presentaba á este, y sin su espreso permiso no las abria. Despues de cierta conferencia espiritual que los estudiantes tuvieron en el campo, preguntado por el P. Rector si nada tenia que decir ó añadir, le contestó con respetuosa humildad: "*quando est major, cessat minor.*" Era asimismo obedientísimo á las reglas de la comun observancia, y creia escuchar en ellas la voz misma de Dios que le llamaba y le advertia lo que habia de practicar. Aunque estuviese hablando con los estudiantes sobre cosas espirituales, si acontecia que oyese tocar la campanilla de la comunidad, en el instante se interrumpia, diciéndoles: "andad que os llaman;" y aun durante su última enfermedad, si no era que la mas absoluta necesidad lo exigiese, no permitia si tocaban, que el hermano enfermero continuase ni por un momento su quehacer, sino que dejándolo en libertad, aun en aquel estado contribuia por su parte á la exacta observanca; de la obediencia. En uno de esos dias de su enfermedad estrema, oyó el toque de la campanilla que llamaba á los padres á la conferencia de moral. Esto sucedió cuando aun no se le habia intimado que permaneciese en su cuarto, sin salir; ni en realidad era menester decírselo, pues que sin necesidad de ello, harto se lo advertian su flaqueza y la hinchazon de sus piernas; pero él, no bien hubo oido el toque, entendido de que la santa obediencia lo llamaba, se levantó de la silla todo tembloroso y

vacilante, y casi arrastrándose subió las tres escaleras que conducen á la sala comun de recreo. Los padres al verle presentarse así, sumamente fatigado por el esfuerzo que habia hecho, quedaron, como era natural, sobremanera sorprendidos, y sobre todo lo sintió el superior; pero él, con su alegría acostumbrada, como si no hubiera hecho nada de estraordinario, siguió hasta el fin de las conferencias. Y pudiera aun añadirse que cuando ya en los últimos tiempos se hallaba muy postrado, en los ratos que estaba como embargado y fuera de sí, el medio mas seguro que habia para despertarle y llamarle la atencion, era acercársele al oido y decirle las palabras, *obediencia*, ó *el superior*. A mas de su exactísima observancia de nuestras reglas, no era menos la que prestaba á los usos mas pequeños del noviciado, como lo prueba, á mas de lo que sobre ello hemos referido en diversos capítulos, el siguiente hecho que tan solo añadiremos. Entró en la Compañía un sacerdote secular, á quien poco antes el P. Odescalchi habia examinado acerca de su vocacion: no bien le divisó dicho sacerdote en los corredores, le dirigió la palabra queriendo atar el hilo interrumpido del asunto que antes habia tratado; pero el P. Odescalchi, correspondiéndole apenas cortesmente á su saludo, trató de desprendérsele; y como advirtiese que le seguia y continuaba hablándole, se puso casi á huir, repitiendo: "*No tengo licencia; no puedo hasta despues de obtenida la licencia.*"

CAPITULO XII.

De su amor á Dios.

Todo cuanto hemos dicho hasta aquí de la vida y virtudes del P. Odescalchi, viene á reducirse y compendiarse en una sola cosa, que era el orígen y causa de todas ellas: su amor á Dios. De este solo, y de su deseo de unírsele cada dia mas estrechamente por medio de la caridad, sacaba todos sus motivos regulares de cuanto practicaba y de todas las virtudes que ejercitaba. Así es que bastará indicar algunos efectos inmediatos y particulares de ese amor, como son, la costumbre de creerse siempre en la presencia de Dios, un gran temor de ofenderle, de que nace la inocencia de una vida impecable; y por fin, el don de la oracion y de la contemplacion, que especialmente constituyen la union íntima del alma con Dios. Y en cuanto á la habitud de la divina presencia, la tenia el P. Odescalchi muy grande y familiar, tanto que su pensamiento sin ningun esfuerzo y como por su propio peso, por decirlo así, lo tenia siempre colocado en Dios; y esto no obstante, todavía para que ese pensamiento no le dejase ni un momento, se valia de auxilios esteriores como eran las sagradas imágenes que tenia en su cuarto y habia en el convento, ó fuera; las demas criaturas, en quienes veia tambien la imágen del Criador; y sus mismos discursos ó palabras que siempre versaban sobre cosas tocantes á Dios y al alma, ya porque desde un principio viniesen á ello encaminadas, ó porque él de intento

con suma discrecion é ingenio hiciese que allá fueran á parar, cosa muy natural á una alma poseida del amor divino. Y como sea una consecuencia forzosa é inevitable del amor, el temor de ofender aun en lo mas pequeño al objeto amado, el P. Odescalchi en proporcion del primero tuvo siempre el segundo, cuidando con indecible esmero de evitar aun las ofensas mas mínimas y veniales, como bastante lo prueba lo referido hasta aquí, y acabará de confirmarlo el siguiente acontecimiento. "Cuando íbamos á Castiglione, en Febrero de 1840, [dice el mismo padre novicio, á quien ya hemos copiado en otros pasages,] me decia el P. Odescalchi: Padre, en estos dias que hemos de estar juntos, espero que me ha de hacer una caridad. Hace algun tiempo que el P. Rector me ha advertido que suelo andar muy agachado, y que desea que yo haga por remediarlo, aunque no sea mas que en interés de mi propia salud; pero como, á decir verdad, haya advertido hasta ahora poco fruto de sus amonestaciones, me ha encargado que acerca de este punto examine mi conciencia. Con que yo encargo á V. P. que se mantenga á la mira, y me corrija y llame la atencion cuando note mi descuido, porque con la mejor voluntad aprovecharé bien poco, si no hay quien me amoneste en el momento de la falta. Y de allí adelante me andaba preguntando cada vez que se acordaba: ¿Qué tal? ¿ando derecho? ¿hay enmienda? &c. &c."—Hasta aquí el padre novicio. Finalmente, para la plena inteligencia de cuanto se estrechase con su Dios por medio de los dulces y mas inmediatos lazos de la contemplacion y de la oracion, me parece que nada mejor podré hacer que copiar el testimonio que nos dejó escrito el P. Rector, que era en aquel

tiempo del noviciado de Verona, y á la vez su confesor. Escribe, pues, así: "El P. Odescalchi habia llegado á un grado muy alto de oracion y union con Dios. Acostumbrado á tener durante todo el dia fijos en Dios el corazon y el pensamiento, en las horas destinadas especialmente á la meditacion, casi habia logrado librarse de toda divagacion ó distraccion aun la mas pasagera." Ni hay porque estrañar que Dios le dispensase tan señalados favores, porque á mas de la pureza de alma y de haber conseguido limpiar su corazon de toda mundanal concupiscencia, cosas ya de por sí bastante apropiadas para atraerse la predileccion divina, se entregaba á la oracion con tal ahinco, y era tal su ansia por conversar con Dios y llenarse todo de él y con él identificarse por medio del amor, que toda ponderacion habria de quedar corta, no pareciendo sino exagerada. Aconteciéle la primera mañana de los ejercicios espirituales de Castiglione, despertar una hora mas tarde que la prefijada, no por culpa suya, sino del relox que se habia parado: así que lo advirtió, fuertemente apesadumbrado porque creia perdida la hora destinada á la oracion de la mañana, con los brazos cruzados, vuelto al padre compañero, esclamó: "¡Ah Señor! ¡ah Vírgen Santa! ¡con qué, tendremos que dar principio á estos santos ejercicios sin haber hecho la debida meditacion! ¡Ah, y como lo siento!... el Señor lo sabe.... ¡hasta me da gana de llorar!..." Y aunque se consoló cuando el padre compañero le hizo la reflexion de que en aquella mañana no habia confesion, y que por lo mismo la hora que para los siguientes dias estaba destinada, á esta segunda ocupacion, podria ahora dedicarla á la oracion sin inconveniente, todavía no dejó por algu-

nos dias de recordar aquel pasage que reputaba por un contratiempo.

Otra cosa que manifiesta su grande amor de Dios, es su tierna devocion al Santísimo Sacramento del altar. Lo visitaba muchas veces al dia, y en cada una empleaba todo el tiempo que le dejaba libre la santa obediencia. Una vez que se hallaba en el campo, preguntado por un hermano qué tal se encontraba, le contestó con sentimiento que daba lástima: "me va bien en todo, sino que me desazona el no poder aquí visitar con frecuencia al Santísimo Sacramento, porque no tenemos depósito." Observaba con admirable puntualidad la práctica ordenada para honrar al Sagrado Corazon de Jesus; y aun despues de su profesion, pidió licencia á los superiores para cumplir cada mes, lo mismo que hacian los novicios, con aquella parte que le tocara en suerte de los nuevos oficios de que consta tan dulcísima devocion. Los primeros viérnes de cada mes, las fiestas mas solemnes del año y todos los demas dias destinados por los adoradores del Sagrado Corazon, para venerarlo con particular fervor y especiales obsequios, se le veia permanecer mas largo tiempo que de ordinario, y teniendo en las manos aquel libro que trata de esta devota práctica; fijándose especialmente en su parte final que contiene los actos de consagracion y desagravios. Y con el objeto de cultivar y aumentar siempre su fervor para esta devocion del Sagrado Corazon, ocurria como un medio poderoso á las meditaciones que á tal intento escribió el P. Borgo, de nuestra Compañía. Y una vez, casi sin advertirlo, confesó por su misma boca, que sobre la ocultacion de nuestro Señor Jesucristo bajo las apariencias del Santísimo Sa-

cramento, habia enfilado de seguida diez ó doce meditaciones.

Bien puede de aquí inferirse cual era el fervor y atencion con que celebraba el santo sacrificio de la misa. Y aunque siendo como lo era tan enemigo de singularizarse para atraer las miradas, tomaba empeño en ocultar el ardor de su espíritu, y las visitas interiores del Señor en el sacrosanto misterio del amor que nos profesa; todavía traspiraba tan amable devocion y tal compostura, que los circunstantes no podian sino sentirse conmovidos, habiendo quienes en estarse contemplándole sintiesen un santo deleite y gusto espiritual. Todas las mañanas para dar gracias, lo hacia oyendo otra misa, siempre de rodillas, pocas veces apoyado á un asiento, con la cabeza descubierta y los ojos bajos con modestia, ó cerrados; pero de la consagracion adelante, fijos sin apartarlos del Santísimo Sacramento, casi arrobado en su amor y contemplacion. Y cuando su enfermedad le impedia la celebracion de la misa, se notaba cuanto se le contrariaban en esto sus deseos. Por eso á un hermano que habia comulgado aquel dia, le dijo: "¡Oh! ¡bienaventurado tú que has recibido hoy dentro del pecho á nuestro Señor Jesucristo!... y no yo, que llevo ya algunos dias de carecer de ese consuelo." El mismo hermano se apresuró á darle el parabien, cuando á poco tiempo los médicos opinaron que ya podia celebrar; y el P. Odescalchi, mas alegre que de ordinario, le contestó: "Sí, hermano, teneis razon de darme el parabien, porque quien por algun tiempo no ha podido decir la santa misa, os lo aseguro, la primera vez que vuelve á decirla, siente un gusto inesplicable en la satisfaccion del vehemente deseo que es

fuerza haya tenido." A otro dijo en diversa ocasion, que si en la primera semana de los santos ejercicios no habia dejado de decir misa, (segun otros con santo propósito acostumbran), pendia en que sentia en ello gran consuelo por el santo amor que mas y mas encendian en él aquellas sagradas meditaciones.

Pero el verdadero amor de Dios nunca puede andar separado del del prójimo. Así es, que segun ya se habrá notado en lo que va de nuestra relacion, las ardientes llamas del del P. Odescalchi alcanzaban á sus semejantes, en cuyo favor y por cuya salud, sobre todo de las almas, no perdonaba fatiga en desempeño de su apostólico ministerio, que con zelo siempre nuevo practicaba. Y ahora añadiremos que aun estando ya enfermo, vista la gran demanda que habia de operarios para la conversion de las almas, tenia ya resuelto pedir á los superiores que contasen con él, confiado, segun decia, que la santa obediencia haria milagros. Los pecadores, y de estos los mas inveterados, eran su porcion mas favorita. Atraíalos con dulzura á su confianza, y con los tiernos y afectuosos cuidados de un padre, les curaba aquellas profundas llagas de que tenian plagada el alma. Máxima era suya, y que repetia con frecuencia (máxima por otra parte que lo es siempre de todos los que comprenden bien el verdadero espíritu del Evangelio), que para sacar provecho del púlpito y confesonario, se debe ensanchar el corazon de los pecadores, y tratarlos con mas benignidad que á los demas, porque tienen de ella mas necesidad. De esto sacaba argumento para preferir las misiones de afuera, que eran las que ardientemente deseaba. Cuando de ellas hablaba, lo hacia con tal transporte y santo entusiasmo.

que no parecia sino que arrojaba llamas de aquella caridad y zelo ardiente que interiormente le abrasaba. Muchas veces los novicios y estudiantes le decian: "Pero Padre, si tanto desea salir afuera á misiones, ¿por qué siquiera una vez no las solicita de los superiores?" Y él así solia responderles: "¡Ah, hijitos mios! vosotros que habeis entrado tan jóvenes en la Compañía, á su tiempo, si el Señor os inspira, podreis hacer esa súplica á los superiores: y quizá habrá entre vosotros quienes estén destinados á llevar la fé de Jesucristo á las naciones bárbaras; pero yo, que soy un pobre viejo y bueno para nada, ¿cómo me atreveria á solicitarlo? Quedaria por loco ó presuntuoso, y con razon. Queridos hermanitos, mi anhelo es bien grande; pero en cuanto á pedir la licencia, ni lo pienso, ni me atrevo. Bástame ofrecer á Dios mis deseos, acompañarlos con la oracion, y no pretender mas. Eso sí, con toda sinceridad puedo asegurar-os, que si los superiores espontáneamente me destinasen á las misiones de afuera, en el acto mismo de recibir la órden, sin dejar perder ni un solo minuto mas, me pondria luego al punto en camino." Con mucho empeño solicitó varias veces, segun ya se ha insinuado, ir á los hospitales públicos, para ejercitar en pro de los enfermos su ardiente caridad hácia los pobres de Cristo, que nació con él y con él se crió, y mas y mas siempre hasta el fin se fué aumentando; pero como á los superiores no les pareciese conveniente concederle la licencia que tanto ansiaba, no le quedó mas consuelo que ejercitar esta virtud por medio de sus afectos, no menos gratos á Dios si son eficaces, que las buenas obras cuando en razon de impedimento no pueden practicarse.

CAPITULO XIII.

Afecto y devocion á la Santísima Vírgen.

Fué en verdad singular el afecto y devocion que el P. Odescalchi profesó á la Santísima Vírgen María. Solia llamarla madre suya, y como si lo fuese, tenia colocada en ella, despues de Jesucristo, toda su confianza; y de ella, como de amantísima Madre, confesaba haber recibido innumerables gracias en provecho de su cuerpo y alma; y en especial contaba entre ellas, la de haber logrado solo con su ayuda, vencer los miles de obstáculos que se oponian á sus ardientes deseos de entrar en la Compañía de Jesus. Hablando un dia con un padre acerca de la devocion á María Santísima, le decia: "Padre, creo que en el amor á María Santísima habrá quien pueda ganarme: pero en cuanto á confiar en ella, á nadie cedo." En todos sus discursos y exhortaciones, nunca dejaba de proclamar su gloria, y de infundir fervor á cuantos le escuchaban, para que ocurriesen en sus penas, en sus dudas, en sus necesidades temporales y espirituales, al patrocinio de quien es madre de misericordias; y siempre fomentaba y promovia á su devocion bajo sus diversas advocaciones, y con especialidad la de los Dolores y la Inmaculada Concepcion. Uno entre otros recuerdos que encomendaba á la memoria al concluirse los santos ejercicios, era este, tomado del libro de Tobías, y acomodado á la Vírgen Santísima de los Dolores: *Memento quanta passa sit propter te.* Y esto mismo puso por escrito á un Padre que le encargó le dejase una señal de

recuerdo en provecho de su alma; y el Padre hasta el dia conserva tan preciosa memoria. Cuando daba ejercicios espirituales fuera de casa, no solo habia siempre de hablar de la Madre de Dios en sus sermones, sino que queria que el Padre compañero hiciese lo mismo; y no así como quiera, sino, segun él se esplicaba hablando familiarmente, *bien* y *en carruaje*. Cuando á invitacion de los novicios ó estudiantes tocaba el mismo punto "Me dais por mi flaco, les decia. ¿Qué quereis que os diga? seria cosa de nunca acabar."—Discurriendo un dia con un Padre novicio acerca de la primera aparicion de Jesucristo á su Santísima Madre: "Me gusta mucho, le decia, la manera en que N. S. P. S. Ignacio propone esta meditacion. Y aquel *Adhuc et vos sine intellectu estis?* es muy lindo. Llevo la opinion, que para mí tengo por cierta, pues que no se me prohibe creerla, que Jesucristo, durante los cuarenta dias que quedó en la tierra despues de su resurreccion, se estuvo siempre en casa de su Madre, de donde no salia sino por cortos momentos cuando queria consolar con breves apariciones á los piadosos creyentes, los apóstoles, discípulos y demas que le vieron resucitado."—"Un dia, (así lo dejó escrito un Padre que fué junto con él novicio,) de los primeros de nuestro noviciado, luego que acabamos de rezar el rosario, me dijo: He notado cuando rezo con el Padre Rector, que al fin de la letanía, dice siempre: *Regina Societatis Jesu:* y V. P. dice *Regina et Mater Societatis Jesu:* ¿en qué pende esta diferencia? Le hice ver entonces que era una costumbre de la comunidad el invocar del primer modo, así como los novicios habian conservado la de invocar del segundo. Si así es, contestó el P. Odescalchi,

yo que soy un novicio, tengo derecho de usar del segundo modo, y quiero gozar de él, y en esta parte quiero ser siempre novicio."—Tenia una simple estampa de María Santísima, bajo el título de Santa María del Corazon, á la que profesaba devocion muy singular. En casa, fuera de ella, en viaje, y en cualquiera parte, siempre la traía consigo. De dia, para conservarla constantemente á la vista, acostumbraba tenerla sobre la mesa; y de noche, antes de acostarse, segun muchos lo vieron, cuidaba de colocarla junto al lecho, para que aun dormido le hiciese compañía. Como tenia tan profundamente grabada en el corazon á María, no podia menos de traerla de continuo en los labios, mencionándola mil veces al dia con afectuosas invocaciones y devotas jaculatorias. En su honor, segun ya dijimos, ayunaba los sábados y vísperas de las fiestas á ella dedicadas. Todos los dias sin falta, recitaba el oficio entero de la Inmaculada Concepcion, aprobado por la congregacion del Santo Oficio, que comienza: *Eja, mea labia nunc anuntiate laudes et præconia Vírgini Beatæ.* Y tanto lo recitaba, que llegó á saberlo de memoria desde la primera hasta la última letra; y por muy ocupado que estuviese en el ejercicio de su ministerio, hacia de manera que siempre le quedase un hueco para cumplir con esta su dulce devocion, en obsequio de la Santísima Vírgen.

Pero para mayor testimonio del tierno afecto que el P. Odescalchi profesaba á esta Señora, quiero añadir un hecho. Aquel padre novicio compañero que fué de dicho Padre al tiempo de los ejercicios de Castiglione, le decia un dia tratando acerca de la meditacion que estaba próximo á proponer sobre el pecado venial y su malicia in-

trínseca: "Si, lo que es imposible, aconteciese que un pecado venial manchase el alma misma de María Santísima, con ser nada menos que Madre de Dios, Reina de los Angeles &c., todavía se veria en el propio instante arrojada del paraiso y de la presencia de Dios." Al oir esto el P. Odescalchi, con el rostro encendido, le interrumpió luego al punto diciéndole: "¡Ah Padre mio! no niego que esa proposicion sea muy cierta: pero hágame el favor de no tocarme á la Vírgen: si quiere ocurrir á una hipótesis semejante, haga sugeto de ella si gusta á un ángel, ó serafin; pero á la Santísima Vírgen, déjemela en paz, se lo suplico." El Padre novicio se apresuró á darle gusto, admirando al tiempo mismo tan delicado y fuerte afecto á nuestra Señora; á la cual nos conceda Dios la gracia de amar y honrar verdaderamente, para que así en vida, como en muerte, y por toda la eternidad, seamos objetos de su dulcísima, cierta, amante y poderosa intercesion.

A. M. D. G.

PROTESTA DEL AUTOR.

Conforme á los decretos de Urbano VIII y de la santa Inquisicion, publicados en los años de 1625, 1631 *y* 1634, *protesto y pido que á todo lo que he escrito en estas memorias, no se dé mas fé que la que puede fundarse sobre autoridad humana; y que á todos los títulos y espresiones de que se hace en ellas uso, no se dé mas valor que el que pueda merecer el juicio privado del escritor, que al juicio y autoridad de la Santa Sede Apostólica, en un todo se sujeta.*

FIN.